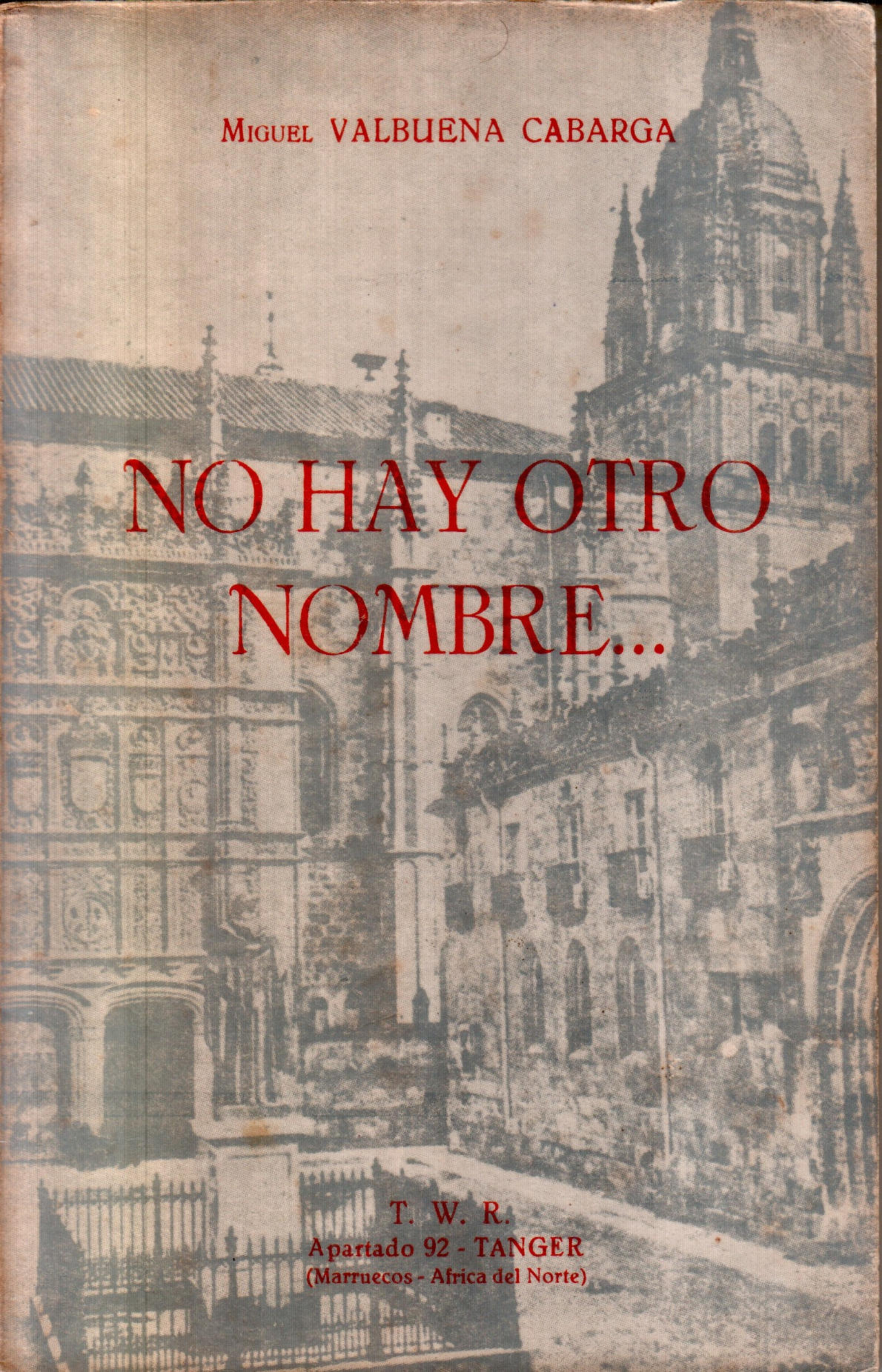
MIGUEL VALBUENA CABARGA

NO HAY OTRO NOMBRE...



T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

MIGUEL VALBUENA CABARGA

NO HAY OTRO NOMBRE...

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

INDICE

	Prólogo	7
I.	Propiedades del nombre	9
II.	Pimpollo	15
III.	Faces de Dios	21
IV.	Camino	27
V.	Pastor	33
VI.	Monte	39
VII.	Padre del Siglo Futuro	45
VIII.	Brazo de Dios	51
IX.	Rey de Dios	57
X.	Príncipe de Paz	63
XI.	Esposo	69
XII.	Hijo	75
XIII.	El Amado	81
XIV.	Jesús	87
XV.	Cordero	93
XVI.	Verbo	99

PRÓLOGO

Se ha escrito tanto sobre los distintos nombres con los cuales Cristo es nombrado en las Sagradas Escrituras, que publicar algo sobre este tema resulta casi una temeridad, pues se da uno cuenta de que poco o nada podrá añadirse a lo ya impreso.

Sin embargo, los nombres de Cristo son tan profundos en su significado e implican una tal diversidad de matices, que creemos que la temeridad más bien consiste en pretender haber agotado el sentido de los mismos, lo cual equivaldría a una perfecta comprensión de lo que, por el momento, sólo en parte es comprensible.

Con todo, el autor es consciente de que en esta recopilación de charlas radiofónicas el lector sólo podrá hallar una muy breve síntesis de lo que otros insignes escriturarios castellanos han escrito sobre el tema, en particular, Fray Luis de León, el célebre poeta conquense.

A los que se pregunten acerca del motivo de que aparezcan las páginas que siguen, les diremos que son un sencillo intento de simplificar algunas disertaciones mucho más profundas. En otras palabras: poner las excelencias de Jesucristo al alcance de todos, por medio de los distintos nombres que se le atribuyen en las Sagradas Escrituras.

I

PROPIEDADES DEL NOMBRE

"En ningún otro hay salvación, porque no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, por el cual podamos ser salvos."

Hechos de los Apóstoles 4: 12.

Si valiéndonos de un poco de ingenio pudiéramos remontarnos al momento en que el maestro León comenzó a escribir su libro, "De los Nombres de Cristo", sin duda nos sorprendería el lugar y las circunstancias en que el insigne autor engendró una de las obras maestras de la literatura castellana.

Imaginemos por un momento, que un frío día de invierno del año 1573, nos hallamos en Valladolid, la antigua capital donde las Cortes de Castilla tantas veces se reunieron bajo el cetro imperial. Al amparo de la oscuridad, atravesamos varias callejas que nos conducen a la calle de Pedro Barrueco, en donde se alza el impresionante edificio que alberga el Tribunal del Santo Oficio.

Al llegar a las puertas del viejo caserón, éstas, de manera asombrosa, se abren ante nosotros. Entramos y con el ánimo un poco amedrentado atravesamos algunos pasillos hasta llegar a las celdas en donde se hallan recluídos los sospechosos de herejía. Cautelosamente, nos acercamos a una

celda, poco ventilada, para observar lo que ocurre en su interior.

La sorpresa que nos espera es mayúscula. En efecto, a través de la mirilla de la puerta de aquel calabozo, podemos ver a un preso arropado con un grueso hábito del orden de San Agustín. El húmedo frío que le cala hasta los huesos, hace aparecer más demacrado el rostro de aquel hombre de baja estatura, aunque de cabeza grande y ojos verdes y vivos.

Lo más singular de la escena que estamos observando a través de la mirilla, no es el aspecto del preso, ni tampoco la forma de la celda, parecida a tantas otras, sino más bien la actitud del supuesto heterodoxo. Sentado ante una tosca mesa, vemos al maestro León en actitud de meditar. A un lado de la mesa se amontonan algunos pliegos de papel; en el otro, un grueso volumen abierto, que si no nos equivocamos es la Sagrada Escritura. De pronto, el preso, como si repentinamente hubiera sido iluminado, toma su pluma, y empieza a escribir las siguientes frases:

"Deseando yo ahora escribir alguna cosa que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido que comenzar por sus *Nombres*, para principio, es el más feliz y de mejor anuncio; y para utilidad de los lectores, la cosa de más provecho; y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apacible de todas. Porque así como Cristo nuestro Señor es como fuente, o por mejor decir, como océano, que comprende en sí todo lo provechoso y dulce que se reparte en los hombres; así el tratar de El, y, como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que ningún otro."

Así, en tales circunstancias, dio comienzo el hermoso poema castellano, que es al propio tiempo uno de los tratados cristológicos más profundos. Sin embargo, esta obra no ha sido la única engendrada en la cárcel, ya que, pocos años

después, en la Real Cárcel de Sevilla, nuestro insigne Cervantes ingenió su "Don Quijote", la obra castellana más célebre de todos los tiempos.

Antes de tratar sobre los nombres de Cristo, es obligado saber lo que se entiende por nombre, y lo relacionado con sus funciones y propiedades. El propio Fray Luis nos da una magistral definición del nombre, escribiendo:

"Si hemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo."

El filólogo conquense agrega, sin embargo, que no es fácil cosa comprender la íntima esencia del nombre, puesto que existen dos maneras o dos diferencias de nombres: unos que están en el alma, y otros en nuestra boca, los cuales transformamos en sonidos. En suma, que cuando decimos nombres, entendemos, en general, los que pronunciamos, aunque nos referimos más bien a la imagen y figura que está en el alma.

Después de señalar la diferencia entre los nombres que se aplican a muchos, llamados "comunes", y otros que son "propios" de solo uno, Fray Luis cita algunos ejemplos de nombres propios que hallamos en las Santas Escrituras, los cuales fueron dados por Dios mismo. Lo singular de estos nombres, es que expresan alguna cualidad señalada, la cual les fue concedida a los personajes en cuestión. Veamos algunos ejemplos.

Cuando Dios, después de haber elegido a Abram, hizo un pacto sempiterno con él, le dio un nombre que expresaba su nueva cualidad, la cual se conformaba a la bendición y cumplimiento del divino pacto concertado. En efecto, Dios le dijo:

"He aquí mi pacto contigo: serás padre de muchedumbre de gentes, y ya no te llamarás Abram —esto es, "padre enaltecido"—, sino Abraham —esto es, "padre de una mul-

titud"— porque yo te haré padre de muchedumbre de pueblos" (Génesis 17: 4-5).

También a Sarai —esto es, "señora mía"—, la esposa de Abraham, Dios le puso el nuevo nombre de Sara —esto es, "princesa"—. Tanto en el caso de Abraham, como en el de Sara, Dios usó el cambio de nombre para confirmar la obra de su gracia en aquel matrimonio.

Aunque los nombres propios de algunos personajes bíblicos son en cierto aspecto muy aleccionadores, sin embargo, no son de gran ayuda cuando se trata del nombre de Dios. Es comprensible que su utilidad sea escasa para dar un nombre de Dios, pues entre la naturaleza humana y la esencia divina media un abismo. El maestro León, advirtiendo esta dificultad, intentó explicarla al versar sobre el nombre propio de Dios —YAVE—, al cual los griegos llamaban tetragrámaton, por estar compuesto de cuatro letras.

Es bien sabido que los hebreos evitaban pronunciar este nombre por el cual Dios se dio a conocer a Moisés. Para ellos era el nombre inefable, y cuando tropezaban con él en las Santas Escrituras, lo sustituían por el de "Adonai" —el Señor—, con el fin de no pronunciarlo. Fray Luis, que fue uno de los mejores hebraístas de sus días, exponiendo algunas de las características de dicho nombre hebreo, entre otras cosas dice:

"Si atendemos a la condición de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condición, que cada una de ellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen; así, en virtud, cada una de ellas es todas y todas son cada una; que es como imagen de la sencillez que hay en Dios, por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfección, y aquella una es todas sus perfecciones".

El insigne filólogo, no se limita únicamente a exponer las propiedades intrínsecas del nombre hebreo, y el valor y función de las letras que lo componen, sino que además, ahondando en el sentido espiritual que de aquellos signos se deduce, osa declarar que las cuatro letras del inefable tetragrámaton, encierran una imagen de la inmutable perfección que hallamos en la naturaleza de Dios. Pero, dejemos que el propio maestro León lo interprete:

"Si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduría de Dios no se diferencia de su justicia infinita; ni su justicia, de su grandeza; ni su grandeza, de su misericordia; y el poder y el saber y el amar, en El todo es uno. Y en cada uno de estos sus bienes, por más que le desviemos y alejemos del otro, están todos juntos, y por cualquier parte que le miremos es todo y no parte. Y conforme a esta razón es, como es dicho, la condición de las letras que componen su nombre."

A pesar de sus profundos conocimientos filológicos y doctrinales, Fray Luis confiesa que el hombre es incapaz de hallar un nombre apropiado para Dios, puesto que, la palabra no puede llegar a expresar lo que el entendimiento no llega a concebir entera y perfectamente.

La certeza de esta incapacidad humana para dar nombre a Dios, es lo que impulsa al maestro León hacia las Sagradas Escrituras, en donde descubre innumerables nombres inspirados, que el Espíritu Santo da a Dios y a Cristo. Entre tantos y tan diversos nombres, Fray Luis escoge catorce, con los cuales forma un ramillete, que además de mostrar la grandeza y los tesoros de las perfecciones de Cristo, revela juntamente la muchedumbre de sus oficios y de los demás bienes que nacen de El y se derraman sobre nosotros.

Antes de entregarse a tan delicada labor, el maestro León, sintiendo su pequeñez ante lo excelso de su tarea, y

su flaqueza ante tanta potencia y hermosura, abre su boca en humilde plegaria, diciendo:

"Señor, sin ti, ¿quién podrá hablar como es justo de ti?, o ¿quién no se perderá, en el inmenso océano de tus excelencias metido, si tú mismo no le guías al puerto? Luce, pues, ¡o solo verdadero Sol!, en mi alma; y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, a lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo a fin de que tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo y de todos."

II

PIMPOLLO

"En aquellos días y en aquel tiempo suscitaré a David un pimpollo —vástago— de justicia, que hará derecho y justicia sobre la tierra."

Jeremías 33: 15.

Entre los innumerables nombres de Cristo que se hallan en la Santa Escritura, no es fácil escoger uno que pueda, por derecho propio, encabezar la lista de los mismos; sin embargo, el maestro León tuvo el acierto de elegir uno: "Pimpollo", que incluye otros que se nombran en las Escrituras divinas, tales como: Fruto, Planta de renombre, Rama, Flor, Brote, Vástago, Tallo y Raíz. Cada uno de estos nombres de Cristo merece capítulo aparte, pero con el fin de no ser prolijos, en el de "Pimpollo" los englobaremos todos.

Antes de exponer el significado espiritual de este nombre y la razón por qué Cristo es así nombrado, debemos contestar a la pregunta: ¿qué es ser "Pimpollo"? El propio Fray Luis responde a la cuestión, refiriéndose a la palabra en la lengua original en que fue escrito el Antiguo Testamento. El sentido de la palabra hebrea Cemah, es el de un brote, vástago o tallo que nace de un árbol viejo. Como

prueba de su aserto, el insigne hebraísta cita una profecía de Isaías, en la que se lee:

"En aquel tiempo el brote de Yavé será magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel" (Isaías 4: 2).

El significado espiritual de este nombre de Cristo es evidente. "Pimpollo", implica nueva vida en un pueblo muerto espiritualmente, y al propio tiempo, abundantes frutos de justicia en una tierra donde la iniquidad se había asentado. Harto conocida es la situación del pueblo judío en los días en que el "Pimpollo" apareció. Cristo mismo, en términos simbólicos, comparó aquella nación a un "árbol seco" sobre el cual iba a derramarse el juicio de Dios.

Sin embargo, de aquel tocón, como acontece con el del roble o el de la encina, salió un tierno vástago, que vendría a ser raíz, tallo, rama, flor y fruto. De las excelencias de este "Pimpollo" que retoñó en tan desfavorables condiciones, habla Isaías en su profecía, diciendo:

"Saldrá un brote del tocón de Jesé, y un vástago retoñará de sus raíces, y reposará sobre él el Espíritu de Yavé; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor de Yavé. Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé. No juzgará por la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos, sino que juzgará con justicia a los pobres, y en equidad a los humildes de la tierra" (Isaías 11: 1-4).

Tratando sobre la razón por qué Cristo es así nombrado, Fray Luis halla aún otro motivo de profundo significado, y del cual deduce consecuencias insospechadas. En efecto, el maestro León se atreve a afirmar que la hermosura del universo que nos rodea, y del mundo en que vivimos, fue creada para que tuviera como corona a Jesucristo, en quien el cielo y la tierra llegan a ser uno, es decir, se reúnen, se encuentran. A este respecto, Fray Luis dice textualmente:

"El fin para que fue fabricada toda la variedad y belleza del mundo fue por sacar a luz este compuesto de Dios y Hombre, o por mejor decir, este juntamente Dios y Hombre que es Jesucristo."

Antes de llegar a tan trascendental conclusión, Fray Luis presenta sólidos argumentos sobre el propósito de Dios al crear su universo y sus criaturas. De dicho propósito se infiere que la aparición del "Pimpollo" no es más que el coronamiento de un plan divino de bendición en favor de la humana criatura.

Uno de los razonamientos que expone el maestro León, consiste en mostrar que Dios no ha podido hacer ninguna cosa fuera de sí mismo, esperando algún acrecentamiento o mejoría, puesto que, en Sí mismo, El goza de todo bien y bienaventuranza.

De lo antes dicho, Fray Luis deduce que si el Creador no pretendió recibir, sin duda alguna pretendió dar, y si no creó para añadirse a Sí algo, es evidente que creó para distribuir con largueza sus bienes en sus criaturas. Todo ello, concuerda con la grandeza del Dios creador, y es muy propio de su Ser, que es, por naturaleza, amor.

Tras estos y otros argumentos, el maestro León, tomando como ejemplo la propia naturaleza, de la cual era tan amante, se extiende sobre el evidente hecho de que todo lo creado tiene una razón de ser, y que es lógico esperar el desarrollo y culminación de lo iniciado. Así, en un simple árbol, descubre que el tal no se hizo para sí, pues la raíz sustenta al tronco, y éste a las ramas, y los dos juntamente a las hojas y flores, de forma que todo lo que el árbol produce se ordena hacia el fruto que de él sale, el cual es el fin, y como remate suyo. Pero veamos cómo el maestro León aplica este ejemplo al hecho de la aparición de Cristo, que se implica en el nombre de "Pimpollo" —Fruto—:

"Así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco, y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol; o, por mejor decir, el árbol todo contiene; así también Cristo, para cuyo nacimiento crió primero Dios las raíces firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas después esta grandeza del mundo con tanta variedad, como si dijésemos, de ramas y hojas, lo contiene todo en Sí y lo abarca y se resume en El, y como dice San Pablo, *se recapitula* todo lo no criado y criado."

El ejemplo antes citado, da ocasión al maestro León para hacer un parangón entre el fruto del árbol, y los inmensos cielos extendidos que vemos, y la tierra con sus habitantes. De esta comparación, Fray Luis colige que el glorioso escenario en que se desarrolla la vida del hombre fue creado y enderezado para la aparición de aquel "Pimpollo" —Fruto—, para quien tan grandes cosas se habían ordenado. Así resume el maestro León su pensamiento:

"Este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre a su Hijo, y para producir a luz este único y divino "Fruto", que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas."

Tratar de Cristo como "Pimpollo" —Fruto—, y no mencionar el nacimiento sobrenatural del Salvador, sería algo inconcebible. Fray Luis expone con delicadeza el glorioso hecho de la encarnación de Cristo, citando algunas profecías del Antiguo Testamento, las cuales, en forma directa o revestidas de un lenguaje poético y figurado, se refieren al aparecimiento en forma humana del que había habitado eternamente los cielos. Una de las antiguas profecías más expresivas, y al par más poéticas, es la que se halla en el libro de Isaías, en el que se lee textualmente lo siguiente:

"Derramad rocío, cielos, desde vuestras alturas; y vos, nubes, lloviendo, enviadnos al Justo; ábrase la tierra, y produzca y brote al Salvador. Y la justicia florecerá juntamente; y yo, el Señor, le crié." (Isaías 45: 8).

Las poéticas frases del profeta produjeron honda impresión en el ánimo del delicado bardo conquense, quien, tomando las alas de la inspiración, quiso penetrar el sentido espiritual de palabras tales, como "cielos", "rocío", "nubes" y "tierra", a las cuales halló tan exquisito significado que osó compararlas con las que el arcángel Gabriel pronunció ante María, la humilde doncella de Nazaret. Así se expresa el maestro León:

"Lo que dijo el arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Isaías lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los profetas. Allí dijo el ángel: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí;* aquí dice Isaías: *Enviaréis, cielos, vuestro rocío.* Allí dice *que la virtud del Alto le hará sombra;* aquí pide *que se extiendan las nubes.* Allí: *Y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios;* aquí: *Abrase la tierra y produzca al Salvador.* Y sácanos de toda duda lo que luego añade, diciendo: *Y la justicia florecerá juntamente; y yo, el Señor, le crié.* Porque no dice, *y yo, el Señor la crié,* conviene a saber, a la justicia, de quien dijo que había de florecer juntamente; sino *yo le crié,* conviene a saber, al Salvador, esto es, a Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone. Y dice, *yo le crié,* y atribúyese a sí la creación y nacimiento de esta bienaventurada salud, y préciase de ella como de hecho singular y admirable; y dice, *Yo, yo;* como si dijese: Yo solo, y no otro conmigo."

Ahondando en el significado del nombre "Pimpollo" —Fruto—, Fray Luis halla una acepción muy singular, la cual está íntimamente vinculada a la vida del cristiano. En efecto, Cristo no sólo es el fruto para cuya producción se ordenó y fabricó todo el universo, sino también es el fruto que produce todo aquel que con una fe viva —la fe de la que habla Santiago— se ha unido a El, aceptando su justicia y salvación. Pero, dejemos que el maestro León exprese este profundo pensamiento:

"Todo aquello que es *verdadero fruto en los hombres*, digo fruto que merezca parecer ante Dios y ponerse en el cielo, no sólo nace en ellos por virtud de este "Fruto", que es Jesucristo, sino en cierta manera también *es* el mismo *Jesús*... Y lo que decimos ahora, y lo que de todo lo dicho resulta, es conocer cuán merecidamente Cristo se llama "Fruto"; pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres es Cristo y de Cristo, en cuanto *nace de El* y en cuanto *le parece* y remeda, así como es dicho."

III

FACES DE DIOS

"Dios tenga misericordia de nosotros y bendíganos, haga resplandecer su faz sobre nosotros; para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación."

Salmo 67 : 1-2

A pesar de que en las Santas Escrituras se dice que, "*el hombre fue creado a imagen de Dios*" (Gén. 1 : 27), puede afirmarse que en la actualidad, el hombre natural —nos referimos al no regenerado— no conoce a Dios. Hay que señalar, sin embargo, que esa ignorancia respecto a la persona de Dios, es el resultado de la torcida disposición del hombre, y de la falsa actitud que tomó ante lo espiritual y eterno.

En efecto, el Apóstol San Pablo, en la magistral exposición que hace sobre este asunto, en su epístola a los Romanos, aclara la paradoja que encierra la ignorancia humana, que no es sino fruto de la aberración de un conocimiento primitivo de la Deidad. Pero, dejemos que el propio Apóstol de las Gentes nos diga el torpe camino seguido por la humanidad, el cual ha desembocado en tan culpable ignorancia:

"Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles...". (Romanos, 1 : 19-23).

Esta ignorancia humana no implica necesariamente que el hombre no desee conocer a Dios. Las Santas Escrituras son un rico venero de ejemplos de hombres piadosos que anhelaron alcanzar ese conocimiento divino en el que citraban toda su felicidad. Sería demasiado prolijo citar los muchos patriarcas que vivieron antes del Diluvio, y después de él, los cuales, por la gracia de Dios, lograron este divino conocimiento. Bastará un ejemplo, el de Abraham, para que nos demos cuenta de cómo, en medio de un mundo ignorante en lo tocante a Dios, algunos hombres llegaron a conocerle. El propio Cristo, refiriéndose a Abraham, dijo:

"Abraham deseó ver mi día; y lo vio, y se gozó." (Juan, 8 : 56).

Sin embargo, Dios no podía permanecer impasible ante la ignorancia de la mayor parte de la humanidad, y en el transcurso de los siglos trató de darse a conocer por medio de la Ley y de los profetas. Estos medios no fueron estériles, pero sí limitados. Aun el pueblo privilegiado con la celeste revelación, transformó el conocimiento divino en interminables ritos y mandamientos, y en ceremonias hueras de contenido espiritual. Era evidente que si Dios no intervenía de una forma personal y definitiva, la ignorancia anegaría a la humanidad, como antaño las aguas del diluvio cubrieron la tierra.

La tarea no era fácil. Dios, si quería darse a conocer tal como era, debía ponerse al alcance de las limitaciones humanas. Ni símbolos, ni ceremonias, ni siquiera palabras, habían podido rasgar definitivamente el velo de la ignorancia humana. Buen ejemplo de ello lo tenemos en el pueblo de Israel, el cual, a pesar de haber sido el celoso guardador de los oráculos divinos, y el fiel cumplidor de los ritos levíticos, estuvo reclamando generación tras generación, por medio de la bendición del sumo sacerdote, la aparición del verdadero, del único conocimiento. En efecto, la bendición sacerdotal rezaba así:

"Descubra Dios sus Faces a ti
y haya piedad de ti.
Vuelva Dios sus Faces a ti
y déte paz." (Núm. 6 : 25-26).

Se comprende, pues, el que Cristo sea llamado con toda propiedad "Faces", o "Cara" de Dios, ya que no puede ponerse en duda que la encarnación del Hijo de Dios era la única respuesta que convenía a la ignorancia humana en lo referente a la Deidad. Así se reconoce en el prólogo de la epístola de los Hebreos, cuando, después de exponer los varios intentos de Dios para darse a conocer a la humanidad, el escritor inspirado dice del eterno Hijo y heredero, *"que es el resplandor de la gloria —de Dios— y la imagen misma de su sustancia."* (Hebr. 1 : 3).

Es interesante leer lo que el maestro León escribe sobre este nombre de Cristo. Para el poeta conquense, Cristo es "Faces" o "Cara" de Dios tanto en su alma, como en su cuerpo. En lo concerniente a este último, Fray Luis, con una delicadeza sin igual, cita una descripción del Cantar

de los Cantares, a la que agrega una interpretación espiritual basada en algunos textos de la Santa Escritura. Bastará mencionar la introducción a la descripción del cuerpo de Cristo para darnos cuenta de la exquisita finura con que se expresa el poeta. Dice así:

"Comencemos por el cuerpo, que es lo primero y más descubierto; en el cual, aunque no le vemos, mas por la relación que tenemos de él, y entre tanto que viene aquel bienaventurado día en que, por su bondad infinita, esperamos verle amigo para nosotros y alegre; así que, dado que no le veamos, pero pongamos ahora con la fe los ojos en aquel rostro divino y en aquellas facciones de El, figuradas con el dedo del Espíritu Santo, y miremos el semblante hermoso, y la postura grave y suave, y aquellos ojos muy más claros y resplandecientes que el sol; y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza y dotados de inestimable belleza..."

A pesar de que Fray Luis descubre en el cuerpo de Cristo tantos fulgores divinos, no puede sino agregar que el alma de Cristo refleja a Dios más perfectamente que cualquier otra criatura. Esta perfecta imagen de Dios, que se revela en el alma de Cristo, se debe no sólo a la perfección de su naturaleza, sino además a los tesoros de sobrenaturales riquezas que Dios derramó sobre ella. Para mostrar la celsitud de este conocimiento divino que reluce en el alma de Cristo, el maestro León hace un parangón entre las excelencias divinas y las que resplandecen en el alma del Verbo de Dios, hecho carne. Así se expresa Fray Luis:

"Dios *sabe* y tiene presente delante de los ojos de su conocimiento todo lo que es y puede ser; y el alma de Cristo ve con los suyos todo lo que fue, es y será... Dios es *fuente de todo el ser*; y el alma de Cristo *de todo buen ser*; quiero decir, de todos los bienes de gracia y justicia, con

que lo que es se hace bueno y perfecto; porque de la gracia que hay en El mana toda la nuestra... como es escrito: "*De cuya abundancia recibimos gracia por gracia.*" (Juan, 1 : 16); esto es, de una gracia, otra gracia; de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como su arroyo... Y finalmente, *Dios cría y sustenta* al universo todo, y le guía y endereza a su bien; y el alma de Cristo *recría* y repara y defiende, y continuamente va alentando e inspirando para lo bueno y lo justo, cuanto es de su parte, a todo el género humano."

Después de exponer otras comparaciones, el maestro León advierte que la enumeración de las mismas no tendría fin, puesto que cuanto más ahonda en las excelencias del Dios eterno y del alma de Cristo, tanto más descubre las riquezas de sabiduría, santidad y amor, de las cuales están adornados, o, empleando sus propias expresiones, "cuanto más despliego las velas, tanto hallo mayor camino que andar; y se me descubren nuevos mares cuanto más navego".

Sin embargo, no quisiéramos pasar por alto lo que Fray Luis escribe acerca del amor de Dios y de la caridad de Cristo, pues en la comparación de esta suprema virtud, de la cual Dios es el manantial, se descubre la iniciativa divina en la salvación eterna de nuestra alma.

Fray Luis, después de mencionar la bondad y el providencial cuidado de Dios para con sus criaturas, aun las más débiles de su creación, se refiere al amor divino en los siguientes términos:

"¿Qué diré del amor que nos tiene Dios, y de la caridad para con nosotros que arde en el alma de Cristo? ¿De lo que Dios hace por los hombres, y de lo que la humanidad de Cristo ha padecido por ellos? ¿Cómo los podré comparar entre sí; o qué podré decir, cotejándolos, que más verdadero sea, que es llamar a esto "Faces" e imagen de aquello? Cristo nos amó hasta darnos su vida; y Dios, inducido

por nuestro amor, porque no puede darnos la suya, dános la de su Hijo. Cristo, porque no padezcamos infierno y porque gocemos nosotros del cielo, padece prisiones y azotes y afrentosa y dolorosa muerte; y Dios, por el mismo fin, ya que no era posible padecerla en su misma naturaleza, buscó y halló orden para padecerla por su misma persona. Y aquella voluntad ardiente y encendida que la naturaleza humana de Cristo tuvo de morir por los hombres, no fue sino como una llama que se prendió del fuego de amor y deseo, que ardían en la voluntad de Dios, de hacerse hombre para morir por ellos".

Es evidente, pues, que el nombre de "Faces" o "Cara" de Dios, conviene perfectamente a Cristo. Antes de terminar, quisiéramos señalar que Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la única y exclusiva "Faz" de Dios. Si el hombre anhela conocer a Dios, es sólo por Cristo y en Cristo que hallará dicho conocimiento. Permítasenos concluir, citando lo que el maestro León escribe a este respecto:

"Cristo es también "Faces" de Dios, porque, como por la cara se conoce uno, así Dios, por medio de Cristo, quiere ser conocido. Y el que sin este medio lo conoce, no le conoce. Y por esto dice El de sí mismo, que "*manifestó el nombre de su Padre a los hombres.*" (Juan, 17 : 6). Y es llamado "*puerta y entrada*" (Juan, 10 : 9), por la misma razón; porque El nos guía y encamina y hace entrar en el conocimiento de Dios y en su amor verdadero."

IV

CAMINO

"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí".
(Juan, 14 : 6)

No puede haber duda de que "Camino" es nombre de Cristo, puesto que el mismo Señor se lo pone. Sin embargo, como este nombre encierra diversos sentidos, convendría ver algunas de las maneras en que se toma en las Santas Escrituras.

Cuando David, el salmista, dice: "*Encomienda al Señor tu camino, y confía en El, y El hará* (Salmo 37 : 5), es claro que "camino" significa lo que el hombre intenta o pretende en la vida, y aun el logro de algo particular que éste se ha propuesto.

En otro salmo, David se refiere, no al camino del hombre, sino a los caminos de Dios, diciendo: "*Dios notificó sus caminos a Moisés.*" Aquí los "caminos de Dios" significan su propia condición, sus inclinaciones y sentimientos. Prueba de ello es la revelación que Moisés tuvo de Dios cuando subió al Monte Sinaí. En efecto, cuando el Señor quiso manifestar sus caminos a su siervo, le dijo:

"*¡Jehová! ¡Jehová!, misericordioso y clemente, tardo a la ira y rico en misericordia y verdad; que mantiene su*

gracia por mil generaciones, y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado" (Exod. 34 : 6-7).

Sin embargo, cuando a Cristo se le llama "Camino", este vocablo debe entenderse en lo que significa con propiedad, es decir: aquello por donde se va a algún lugar sin error. El maestro León, con un sencillo ejemplo que tenía ante sus ojos, mostró que, así como el camino de la corte llevaba a la morada del rey a los que andaban por él, así Cristo es el "Camino" del cielo, "porque si no es poniendo las pisadas en El y siguiendo su huella, ninguno va al cielo".

Fray Luis tuvo especial cuidado de que nadie confundiera el "Camino". Buen conocedor de las Escrituras, sabía que Salomón ya había advertido que: "*Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es caminos de muerte*" (Prov. 14 : 12). Es por esta razón, que el maestro León, aun admitiendo que habían caminos muy parecidos al verdadero "Camino", afirma que todos los que no enderezaron sus pasos en Cristo, nunca pudieron llegar a las mansiones celestiales. Pero, dejemos que el propio Fray Luis lo exprese:

"Muchos de los vivieron sin Cristo abrazaron la pobreza, amaron la castidad, y siguieron la justicia, modestia y templanza; por manera que quien no lo mirara de cerca, juzgara que iban por donde Cristo fue, y que se parecían a El en los pasos; más como no estribaban en El, no siguieron camino ni llegaron al cielo."

Además de los que vivieron una vida de renunciamiento, pero sin Cristo, creyendo que así podrían alcanzar la vida eterna, Fray Luis halla otros cuyo error es más sutil, aquellos que quieren andar en el verdadero camino, pero sin depender de Cristo. Para el maestro León es inconcebible que alguien pretenda caminar por el camino celestial por sus propios medios. El bienaventurado viaje hacia el

cielo, debe hacerse en Cristo, y por Cristo, ya que El no sólo es el "Camino", sino además la guía, la guarda y la seguridad, o como Fray Luis dice: "El mismo es el "Camino" que andamos y el que anda con nosotros y el que nos incita para que andemos."

A fin de que no haya duda en lo referente a quienes son los que andan por el verdadero "Camino" y qué es lo que les permite hacerlo, el maestro León, citando unos textos de la profecía de Isaías, escribe lo siguiente:

"Porque primero es ser redimidos que caminantes; primero es que Cristo, por su gracia y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa, a quien servían cautivos, y les desate las prisiones con que estaban atados, y después es que comiencen a andar. Que no somos redimidos por haber caminado primero, ni por los buenos pasos que dimos, ni venimos a la justicia por nuestros pies. "*No por las obras justas que hicimos* —dice—, *sino según su misericordia nos hizo salvos*" (Tito 3: 5). Así que no nace nuestra redención de nuestro camino y merecimiento..."

Fray Luis, temiendo que algunos quisieran tergiversar el sentido de la palabra redención, atribuyendo el acto de redimir a alguien que no fuera Cristo, explica a continuación, que los que andan por el "Camino" sólo han podido ser redimidos por uno que ha llegado a hacerse nuestro deudo, participando de nuestra sangre y linaje, con el fin de cumplir los requisitos que se exigían en la Santa Ley de Dios. Así expresa su pensamiento el insigne hebraísta:

"Han de ser redimidos; mas, ¿por quién redimidos? La palabra original lo descubre; porque significa aquello a quien otro alguno por vía de parentesco y de deudo lo rescata, y como solemos decir, lo saca por el tanto. De manera que, si no caminan aquí sino aquellos a quien redime su deudo, y por vía de deudo, clara cosa será que solamente caminan los redimidos por Cristo, el cual es deudo nues-

tro por parte de la naturaleza nuestra, de que se vistió; y nos redime por serlo. Porque como hombre padeció por los hombres; y como hermano y cabeza de ellos pagó, según todo derecho, lo que ellos debían, y nos rescató para sí, como cosa que le pertenecíamos por sangre y linaje."

De lo dicho, se deduce que no hay discriminación entre los caminantes, a los cuales sólo se les exige que sean redimidos por Cristo. Con todo, podría ser que algunos limitaran este andar por el "Camino" a los iniciados, o lo reservaran a los sabios y entendidos. Tal pensamiento es completamente ajeno al propósito de Dios, según se revela en la Escritura Santa. En efecto, el profeta Isaías hablando de los distintos caminantes, afirma que en el verdadero "Camino" ni siquiera hay peligro de extravío para los más torpes, diciendo textualmente: "*Ni los más ignorantes se perderán en él.*" Veamos lo que Fray Luis comenta sobre esta sencilla, pero hermosa verdad:

"Porque, ¿quién se perderá con tal guía? Mas, ¡qué bien dice: los *ignorantes*! Porque los sabios, confiados de sí y que presumen valerse y abrir camino por sí, fácilmente se pierden; antes de necesidad se pierden si confían en sí. Mayormente que si Cristo es El mismo guía y "Camino", bien se convence que es "Camino" claro y sin vueltas, y que nadie lo pierde, si no lo quiere perder de propósito. "*Esta es la voluntad de mi Padre* —dice El mismo—, *que no pierda ninguno de los que me dio, sino que los traiga a vida en el día postrero* (Juan 6: 39).

Sería imperdonable error el materializar este "Camino". Sin embargo, no hay pocos para quienes el celestial "Camino" es simplemente una serie de ritos y ceremonias, o aun el mero cumplimiento de unos mandamientos cuya fría rigidez poco o nada tienen que ver con el gozoso andar de los caminantes redimidos. Fray Luis, tratando de demostrar lo que de tierno e íntimo tiene este "Camino", lo compara a

una hogareña escena en la que la madre se entretiene con sus chiquitines. Así pinta el poeta conquense el exquisito cuadro:

"¿No habéis visto algunas madres, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus pies de ellas pongan ellos sus pies, y así los van allegando a sí, y los abrazan; y son juntamente su suelo y su guía? ¡Oh, piedad de Dios! Esta misma forma guardáis, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos dáis la mano de vuestro favor; Vos hacéis que pongamos en vuestros bien guiados pasos los nuestros; Vos hacéis que subamos; Vos que nos adelantemos; Vos sustentáis nuestras pisadas siempre en Vos mismo, hasta que avecinados a Vos en la manera de vecindad que os contenta, con ñudo estrecho nos juntáis en el cielo."

Tratándose de un "Camino" por el que sólo pueden andar los redimidos por Cristo, es lógico que el profeta Isaías, cuando quiere calificarlo, diga que, "*será llamado Camino santo*". Es inconcebible, en efecto, que el sendero "que guía sin error a lo alto del monte adonde la virtud hace vida", sea otra cosa que un "Camino" santo. De ahí deduce el místico que todos los que caminan por el sendero celestial deben ser limpios, y que el propio andar es limpieza. Citando de nuevo la profecía de Isaías, Fray Luis escribe lo siguiente:

"Dice más: "*No pasará por él persona no limpia*"; porque, aunque en la Iglesia de Cristo y en su cuerpo místico hay muchas no limpias, mas los que pasan por él todos son limpios, quiero decir que *el andar en El* siempre *es limpieza*; porque los pasos que no son limpios, no son pasos hechos sobre aqueste "Camino". Y son limpios también todos los que pasan por El; no todos los que comienzan en El, sino todos los que comienzan y demedian —llegan a la mitad— y pasan hasta llegar al fin; porque el no ser limpio es parar o volver atrás o salir del "Camino". Y así, el que no

parare, sino pasare, como dicho es, forzosamente ha de ser limpio."

Sólo resta señalar la seguridad que experimentan los que caminan por este sendero celestial; porque este "Camino" no es como muchos otros, en los cuales, cuando menos se piensa, alguna alimaña sale al paso del caminante. El profeta Isaías dice: "*No habrá león en él, ni andará por él bestia fiera.*" Fray Luis, aludiendo sin duda a las palabras de San Pedro respecto al diablo, comenta:

"Y no dice *andará*, sino *subirá*; porque si, o la fiereza de la pasión, o el demonio, león enemigo, acomete a los que caminan aquí, si ellos perseveran en el "Camino", nunca los sobrepuja ni viene a ser superior suyo, antes queda siempre caído y bajo."

Quisiéramos terminar con una frase —muy agustiniana— del maestro León, en la que éste resume la actitud de los caminantes redimidos. Dice así:

"No solamente —Cristo— dice lo que hemos de obrar, mas obra lo que nos dice que obremos, y nos da fuerzas para que obremos lo que nos dice."

V

PASTOR

"Yo soy el buen pastor; el buen pastor, su vida da por las ovejas."

Juan 10: 11.

Es evidente que "Pastor" es nombre de Cristo, por las muchas ocasiones en que se nombra así al Señor. No sólo los profetas de la antigüedad anunciaron que el Mesías sería un fiel pastor, sino además los propios Apóstoles de Cristo, que fueron objetos del cuidado del Divino Maestro, confirmaron una y otra vez que su Señor era el supremo "Pastor".

Debe señalarse, sin embargo, que Cristo no es "Pastor" a la semejanza de otros pastores. Este nombre, cuya sola mención evoca el sosiego de los verdes prados, o el dulce murmullo de los riachuelos que alegran umbrosos valles, cuando es atribuído a Cristo con toda propiedad, llega a tomar un sinnúmero de sentidos, como corresponde al oficio y persona del "Pastor" por excelencia.

Sabido es que el oficio de pastor siempre fue considerado como una tarea humilde, y en ocasiones no muy grata. Con todo, la vida pastoril ha sido cantada por los mejores vates y elogiada por los literatos más insignes. Basta recor-

dar, como ejemplo, las palabras que Cervantes presta a la pastora Marcela en ocasión del entierro de Grisóstomo:

"Yo nací libre —dice la pastora—, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos; los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos son mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura... La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera."

Existe una notable diferencia entre el oficio de un pastor, como el que Marcela representa, y el verdadero pastoreo de Cristo. El oficio del "Pastor" por excelencia no es uno, sino varios oficios. Fray Luis, tratando de esta tarea pastoril, afirma que Cristo no reparte y ejercita por muchos ministros el gobierno de su grey, sino "El solo administra todo lo que le conviene". Y ciertamente, no es poco lo que implica su oficio de "Pastor". El propio místico, exponiendo algunas de las labores pastoriles de Cristo, escribe:

"Porque verdaderamente es así, que todas aquellas cosas que hacen para la felicidad de los hombres, que son diferentes y muchas, Cristo principalmente las ejecuta y las hace; que El nos llama, y nos corrige, y nos lava, y nos sana; y nos santifica, y nos deleita y nos viste de gloria; y de todos los medios que Dios usa para guiar un alma, Cristo es el merecedor y el autor."

Cristo, en el desempeño de su oficio de "Pastor", es sumamente original. Del discurso de la pastora Marcela aprendemos que el pastor ama la libertad y la soledad de los campos, solazándose entre los árboles y las aguas, que son su mejor compañía. El cuidado del ganado es un mero "entretenimiento". Todo esto es ajeno al pastoreo de Cristo; para El, la tarea más deleitosa se centra en su rebaño. El buen "Pastor" nace para sus ovejas, vive para sus ovejas y muere por sus ovejas. Difícilmente podría hallarse una descripción más poética de la tarea de Cristo que la que Fray Luis nos ofrece en su oda "Morada del Cielo". Dice así:

"De púrpura y de nieve
florida, la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve,
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en ti su hato amado.
El va, y en pos, dichosas,
le siguen sus ovejas do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace.
Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena."

Si original es este gobierno del buen "Pastor", este guiar "sin honda ni cayado", no le queda a la zaga lo tocante a los pastos con que se nutre el rebaño. Las flores e inmortales rosas de la oda del místico conquense, solamente son delicados detalles que adornan la escena del verdadero apacentar del alma; porque, el pasto peculiar del buen "Pastor", es El mismo ofreciéndose a sus ovejas: "Pastor y pasto El solo". Así expresa Fray Luis la manera en que el "Pastor" se convierte en "pasto" para sus ovejas:

"Su apacentar es darse a Sí a sus ovejas. Porque el regir Cristo a los suyos y el llevarlos al pasto, no es otra cosa sino hacer que se lance en ellos y que se embeba y que se

incorpore su vida, y hacer que con encendimientos fieles de caridad le traspasen sus ovejas a sus entrañas, en las cuales traspasado, muda El sus ovejas en Sí. Porque cebándose ellas de El, se desnudan a sí de sí mismas y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con este dichoso pasto, el ganado viene por sus pasos contados a ser con su "Pastor" una cosa."

Este pasto de primerísima calidad que es propuesto a las ovejas exige de estas últimas que no traten de apacentarse de otro sustento que no sea Cristo. Pudiera ocurrir, en efecto, que algunas torpes ovejas, deslumbradas por las apariencias, escogieran pastos malsanos y aguas corrompidas. San Juan, una de las ovejas que más cerca estuvo del corazón del buen "Pastor", dirigiéndose a los fieles, escribe:

"*No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no provienen del Padre, sino del mundo*" (1 Juan 2 : 15-16).

Fray Luis, refiriéndose a los insanos pastos que las ovejas pueden hallar en el mundo, explica las razones por las cuales deben huir de los mismos, pues de lo contrario comprometen su felicidad. Así se expresa el místico:

"Cristo quiere que les sea agradable a los suyos aquello mismo que El ama. Porque a la verdad, los que han de ser apacentados por Dios han de desechar los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos a la libertad clara de la verdad y a la soledad poco seguida de la virtud, y al desembarazo de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma y que no se agosta jamás".

Al aludir a las ovejas que por torpeza pueden confundir el pasto, se suscita la cuestión de la condición de las ovejas. Las Santas Escrituras no dejan lugar a duda sobre este particular. Está escrito: "*Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino*" (Isaías 53: 6). El maestro León comentando esta verdad, añade otra no menos cierta, diciendo que Cristo hizo lo que ningún otro pastor pudo hacer: "por sacarnos de entre los dientes del lobo, consintió que hiciesen en El presa los lobos". Y el místico agrega: "primeramente, siendo animales fieros, nos da condición de ovejas, y siendo perdidos, nos hace ganados suyos".

Sí, es evidente que si hemos llegado a ser ovejas del buen "Pastor", no se debe a nuestra disposición de ánimo, que era torcida y aviesa, ni a nuestra condición natural, sino más bien al amor y la gracia de Cristo, a quien San Pedro llama, "*Príncipe de los Pastores*" (1 Pedro 5: 4). El maestro León, usando la bella imagen de una parábola pronunciada por el Divino Maestro, expresa la tierna y delicada manera en que Cristo nos alcanzó y nos trajo a su redil:

"La oveja perdida, que fueron los hombres, el pastor que la halló, como se dice en San Lucas —cap. 15: 3-6—, no la trajo al rebaño por sus pies de ella, ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros; porque si no es sobre El, no podemos andar... Porque antes de que le amemos nos ama; y ofendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; y no puede tanto la ceguera de mi vista, ni mi obstinada dureza que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia "dulcísima".

Una de las características más sobresalientes del pastoreo de Cristo, es que es el "Pastor" de la unidad. Fray Luis insiste una y otra vez en esta característica, asociándola al hecho de que Dios promete "un solo "Pastor", así para mostrar que Cristo puede con todo, como para enseñar que en El es siempre uno el que rige". Esta unidad esencial: un solo "Pastor", un solo rebaño, descarta la posibilidad de que existan otras uniones; y, para los que lo han pretendido, o

lo pretenden, el maestro León escribe: "Los demás hombres que antes de El y sin El introdujeron en el mundo leyes y sectas, no sembraron paz, sino división; y no vinieron a reducir a rebaño, sino, como Cristo dice en San Juan 10: 8-12, *fueron ladrones y mercenarios que entraron a dividir y dar muerte al rebaño*". Y el místico agrega:

"Bástenos decir ahora que no está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayunta tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno, cuanto Cristo, nuestro divino "Pastor", consigo y entre sí hace una grey. Así lo pide y así lo alcanza, y así de hecho lo hace."

Quisiéramos terminar con unas palabras pronunciadas por el buen "Pastor":

"*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano*" (Juan 10: 27-28).

VI

MONTE

"*¿Por qué observáis, oh montes altos, al monte que deseó Dios para su morada?*".
Salmo 68: 16.

Aunque el nombre de "Monte" es nombre que le conviene a Cristo, debemos señalar que es tan sólo de forma figurada que el mismo aparece en las Santas Escrituras. Sin embargo, en las dos o tres ocasiones en que dicho nombre puede aplicarse a Cristo, es innegable que el sentido del vocablo es riquísimo y digno de la persona a quien designa. Bastará para mostrarlo, citar la visión de Daniel, en la que el inspirado profeta escribe:

"*Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó... Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra*" (Daniel 2: 34-35).

Junto a esta profecía mesiánica referente a los últimos tiempos, y en la que de forma tan evidente se señala a Cristo, hallamos otra visión del profeta Isaías, en la cual profetiza respecto a un "Monte" que en los postreros días será exaltado sobre los demás montes y collados. Así escribe Isaías:

"Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones" (Isaías 2: 2).

Para una mejor comprensión del nombre "Monte" aplicado a Cristo, es menester saber lo que debe entenderse sobre dicho vocablo en las Santas Escrituras. El maestro León, que fue uno de los hebraístas más insignes de su tiempo, dice lo siguiente a este respecto:

"Monte en la Escritura y en la secreta manera de hablar de que en ella usa el Espíritu Santo, significa todo lo eminente, o en poder temporal, como son los príncipes, o en virtud y saber espiritual, como son los profetas y los prelados."

Es, pues, innegable que en los textos bíblicos antes citados el nombre de "Monte" designa al ser cuyo *"nombre es sobre todo nombre"* (Filip. 2: 9), como el Apóstol San Pablo tan acertadamente escribe. La mejor prueba de que "Monte" es nombre de Cristo podremos hallarla en las excelentes cualidades que dicho vocablo expresa.

Un monte, en efecto, no solamente descuella en el lugar en que se encuentra, sino que además, su inmensa mole contiene en sus entrañas una infinita diversidad de riqueza. De allí se sacan el oro, la plata, y otros metales aún más raros y costosos. Del seno de los montes se extraen también las piedras preciosas y los apreciados mármoles que ennoblecen los suntuosos palacios. Todas estas riquezas materiales que se encierran en los montes, el maestro León, en su fértil y poética imaginación, las traduce en términos espirituales, aplicándolas a Cristo en los siguientes términos:

"Pues por la misma manera, Cristo nuestro Señor es un "Monte" y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno y provechoso y deleitoso y glorioso que en el deseo y el seno de la criatura cabe, y de mucho más que no cabe. En El

está el remedio del mundo y la destrucción del pecado y la victoria contra el demonio; y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hacen fértiles."

La mención de un monte, trae a nuestra mente la idea de algo sólido e inconmovible, algo que ofrece seguridad. He ahí otra de las cualidades de Cristo, el divino "Monte", que ha sido refugio a muchas generaciones, como Moisés proclamó diciendo:

"Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación" (Salmo 90: 1). Disertando sobre este secular amparo, el maestro León escribe:

"En Ti, ¡oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesús!, y en Ti, ¡oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad! los aflijidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieran agua las nubes y se abrieren las canales del cielo, y saliendo la mar de madre, si anegase las tierras, y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas, en este "Monte", *que se asienta sobre la cumbre de todos los montes,* no las tememos. Y si *los montes,* como dice David (Salmo 46: 3), *trastornados de sus lugares, cayeren en el corazón de la mar,* en este "Monte" no mudable, carecemos de miedo."

No vaya a creerse, sin embargo, que el insigne poeta conquense, al escribir estas exclamaciones en plural, haya querido dar un sesgo más patético a su poética descripción. No, Fray Luis, cuando exalta el "Monte" como amparo dulce y seguro para todos los "pobrecitos amedrentados afligidos y acosados por el mundo", está simplemente rememorando aquellos cinco largos años de prisión, durante los cuales no halló otro escondedero que Cristo, el "Monte" de Dios. Las experiencias de aquellos años de sufrimiento en su encierro, están expuestas magistralmente en una de sus odas, titulada "Al Apartamiento", en la cual el "Monte" se

transforma en una altísima sierra. Pero, dejemos que el propio poeta se exprese en inspiradas rimas:

"Sierra, que vas al cielo
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego,
recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido.
Y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro;
mientras el mancillado pecho apuro;
mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco
por todo su proceso
vario entre gozo vano y caso avieso.
En ti, casi desnudo
de este corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

Volviendo a la profética visión de Daniel, observamos que el inmenso "Monte" que acabó llenando toda la tierra, era primeramente una pequeña piedra. En efecto, es cosa digna de considerar, que para deshacer la gigantesca estatua, no cayó sobre los pies de la misma un monte, sino más

bien una sencilla piedra, de cuya humilde apariencia no podría esperarse tan prodigiosos resultados. De esta singular visión, no es difícil colegir los efectos de la obra de Cristo, quien aunque al principio apareció humilde y fue despreciado por los suyos, fue en esa humildad y obediencia que logró la más completa victoria sobre las huestes infernales, destruyendo para siempre el reino de las tinieblas. Así comenta el maestro León este texto:

"Porque no usó Cristo, para destruir la alteza y poder tirano del demonio, y la adoración usurpada, y los ídolos que tenía en el mundo, de la grandeza de sus fuerzas, ni derrocó sobre él el brazo y el peso de su divinidad encubierta, sino lo humilde que había en El, y lo bajo y lo pequeño: su carne santa y sangre vertida, y el ser preso y condenado y muerto crudelísimamente; y esta pequeñez y flaqueza fue fortaleza dura, y toda la soberbia del infierno y su monarquía quedó rendida a la muerte de Cristo. Por manera que primero fue piedra, y después de piedra "Monte". Primero se humilló, y humilde, venció; y después, vencedor glorioso, descubrió su claridad, y ocupó la tierra y el cielo con la virtud de su nombre."

Tal humildad y tal atractiva sencillez hubieran tenido que contribuir a que la "pequeña piedra" que más tarde se convirtió en "Monte", fuera recibida y amada por sus virtudes. Sin embargo, en Cristo se cumplió lo que los profetas habían predicho siglos antes: "*Fue despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, y como uno ante el cual se oculta el rostro, le despreciamos y no le estimamos*" (Isaías 53: 3). Es con razón que David, ante esta insólita actitud de los hombres, y especialmente de los hombres que podían ser considerados como "montes altos", exclama:

"*¿Por qué pleiteáis, oh montes altos, con el monte que deseó Dios para su morada?*" (Salmo 68: 16).

Fray Luis aplica este texto no sólo a los hombres que pretendieron ser "montes altos", sino también a los ángeles caídos que les condujeron a oponerse a Cristo. Así escribe el místico:

"¿Por qué, ¡oh montes soberbios!, o envidiáis la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada, o le movéis guerra pretendiendo estorbarla...? Que yo os hago seguros que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo; y que por mucho que os empinéis, El pisará sobre vosotros, y la dignidad reposará en El dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin".

Para terminar, quisiéramos citar unas bellas frases de Fray Luis, que expresan lo que el divino "Monte" ofrece a los suyos:

"Y por obligarnos más a Sí, y porque, buscando lo que nos es necesario en otras partes, no nos apartásemos de El, puso en Sí la copia y la abundancia, o si decimos, la tienda y el mercado, o será mejor decir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necesario, útil y dulce, así en lo próspero como en lo adverso, así en la vida como en la muerte también, así en los años trabajosos de aqueste destierro como en la vivienda eterna y feliz a do caminamos."

VII

PADRE DEL SIGLO FUTURO

"Porque un niño no es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará... Padre del siglo futuro."

Isaías 9: 6.

Este nombre con el cual el profeta designa a Cristo, encierra en sí un singular carácter, pues es más bien propio de la primera persona de la Santa Trinidad. Sin embargo, si se examina la obra de Cristo, pueden hallarse razones válidas para que el nombre de "Padre del siglo futuro" sea también aplicado a la segunda persona de la Trinidad.

En efecto, si consideramos que Cristo al venir a nosotros lo hizo para traernos una nueva vida, la misma vida del cielo, podemos pensar en El, con toda propiedad, como alguien que engendra, o aún mejor, como "Padre" que hace nacer de nuevo espiritualmente a una nueva generación. Así lo entendió el maestro León, cuando, exponiendo las razones por las que Cristo es llamado "Padre del siglo futuro", escribe:

"Cierta cosa es y averiguada en la Santa Escritura, que los hombres, para vivir a Dios tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando sali-

mos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento, en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Así lo afirmó Cristo a Nicodemo, que siendo maestro en la ley, vino una noche a ser discípulo... De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos a ser nuevos hijos, tenemos forzosamente algún nuevo padre cuya virtud nos engendra; el cual padre es Cristo. Y por esta causa es llamado "Padre del siglo futuro"; porque es el principio original de esta generación bienaventurada y segunda, y de la multitud innumerable de descendientes que nacen por ella."

No tratamos de paliar la dificultad que se encierra en los términos "siglo futuro"; porque, si bien es cierto que Cristo puede ser llamado "Padre" en el sentido espiritual que Fray Luis expone, apoyándose en los Santos Evangelios, no es menos cierto, que parece más indicado llamar a Cristo "Padre" del "siglo presente", que del "siglo futuro". Sin embargo, creemos que la dificultad sólo es aparente, pues, que se designe a Cristo como "Padre del siglo futuro", no quiere decir que lo será más bien en el futuro, sino al contrario, que lo es en este siglo, y no dejará de serlo jamás.

Los que están avezados en el lenguaje de la Santa Escritura no hallan ninguna dificultad en los vocablos "siglo futuro", puesto que estas palabras no implican necesariamente la noción del tiempo, tal como se entiende en nuestro lenguaje moderno. Es interesante leer la interpretación de Fray Luis sobre estos términos. El insigne hebraísta escribe lo siguiente a este respecto:

"Porque el siglo presente, el cual, en comparación del que llama Isaías venidero, se llama "primer siglo", que es el vivir de los que nacemos en Adam, comenzó con Adam, y se ha de rematar con la vida de sus descendientes postreros; y en particular no durará en ninguno más de lo que

él durare en esta vida presente; mas el "siglo segundo", desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin reforzándose él más, perseverará para siempre... Y llámase "siglo" también, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible."

Es sin duda pensando en este siglo invisible, en ese futuro tan incierto para muchos, que el insigne poeta conquense escribió aquellas célebres estrofas de su oda "Noche serena", en las que advierte a los hombres de lo efímero de este siglo presente, instándoles a dirigir sus miradas hacia el siglo futuro, el eterno. He aquí como se expresa el místico:

"El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.
¡Ay! Despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! Levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera."

Ciertos ya de que Cristo puede ser llamado con propiedad "Padre del siglo futuro", consideremos la obra que particularmente le hace acreedor de este nombre. Más arriba hemos indicado que Cristo es llamado "Padre" porque es el origen de un nuevo nacimiento espiritual que debe expe-

rimentar todo aquel que desee entrar en el reino de Dios, tal como el Divino Maestro dijo a Nicodemo: *"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios"* (Juan, 3 : 3).

Sin embargo, el hecho de que este nuevo nacimiento sea una ineludible necesidad, implica que la primera generación, la comenzada con nuestro primer padre, Adam, estaba tan maleada y dañada, que reclamaba una regeneración total. Puede inferirse que todo lo que nuestro primer padre estropeó con su desobediencia y pecado, el segundo "Padre" —Cristo— quiso remediarlo haciéndose hombre y tomando sobre sí la responsabilidad del nuevo nacimiento de una humanidad caída. Tratando sobre la degeneración del hombre, como consecuencia de la desobediencia de Adam, Fray Luis no encubre que la humanidad se halla en un estado desesperado, escribiendo:

"Adam puso en nuestra naturaleza y en nosotros, según que en él estábamos, el espíritu del pecado y el desorden, desordenándose él a sí mismo, y abriendo la puerta del corazón a la ponzoña de la serpiente, y aposentándola en sí y en nosotros; y ya desde aquel tiempo, cuanto fue de su parte de él, comenzamos a ser, en la forma que entonces éramos, inficionados y malos."

Esta triste realidad, conduce al místico conquense a considerar la posibilidad de que Dios, conforme a lo anunciado antes de la caída del hombre, pudiera haber decidido destruir la obra de sus manos y crear otro nuevo linaje de seres que le honrasen y obedeciesen su santa voluntad. El Creador, en su infinita sabiduría y misericordia, halló un mejor medio para remediar tal situación. He aquí como el maestro León expone el plan divino de regeneración:

"Por lo cual, en esto que no parecía haber medio, el saber no comprensible de Dios lo halló, y dio salida a lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fue, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar orden cómo aquellos mismos ya criados y por orden de descendencia nacidos, naciesen de nuevo otra vez, para que ellos mismos y unos mismos, según el primer nacimiento muriesen, y viviesen según el segundo; y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumpliese Dios en lo otro; y así quedase en todo verdadero y glorioso."

Aunque la Santa Escritura abunda en declaraciones acerca de este nuevo nacimiento que Cristo opera en los hombres, no es fácil resumir en pocas frases en qué consiste esta regeneración y cómo se produce. El elemento esencial de esta nueva vida que Cristo imparte, es la solidaridad con la humanidad, que El voluntariamente escogió. Esta identificación con los hombres es tan completa, que empezando en su nacimiento llega hasta su muerte y resurrección. Acerca del nacimiento de Cristo, que le permitió poner sólidos fundamentos para la regeneración de los hombres, Fray Luis escribe:

"Porque, así como en el primer nacimiento suyo en la carne, cuando nació de la Virgen, por ser su padre Dios sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació El semejantemente hábil a padecer y morir, asemejándose a las fuentes de su nacimiento, a cada una en su cosa; así en la resurrección suya... salió todo, como de mano de Dios, no sólo puro de todo pecado, sino también de la imagen de él."

Pero, donde se muestra más claramente la solidaridad de Cristo con la humanidad, es en su muerte vicaria. San Pablo, uno de los pensadores más profundos del Cristianismo, resume esta gran verdad en una corta frase, escribiendo: *"Si uno murió por todos, luego todos murieron."* (II Cor. 5 : 14). El mismo Apóstol, haciendo énfasis sobre

esta muerte vicaria de Cristo, se apropia sus efectos, diciendo:

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál. 2 : 20).

Quisiéramos terminar transcribiendo un comentario del maestro León en el que se expone la estrecha relación de esta muerte expiatoria de Cristo con las profecías antiguas, las cuales se cumplieron el pie de la letra en El. Así escribe el místico:

"Dice Isaías que *"puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros"*, y que *"su cardenal —su llaga— nos dio salud"* (cap. 53 : 5). Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz, dice: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Lejos de mi salud las voces de mis pecados"* (Mat. 27: 46), así como tanto antes de su pasión lo había profetizado y cantado David. Pues, ¿cómo será aquesto verdad, si no es verdad que Cristo padecía en persona de todos, y, por consiguiente, estábamos en El ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el padre los hijos y los miembros en la cabeza?"

VIII

BRAZO DE DIOS

"Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro"

Isaías, 52: 10

Para el que esté avezado al lenguaje de la Santa Escritura, no puede existir duda de que "Brazo de Dios" es nombre con el cual los profetas designaron en no pocas ocasiones al Mesías. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que María, la bienaventurada, cuando en su Magnificat exclama: *"Hizo proezas con su brazo"*, estaba refiriéndose proféticamente a aquel bendito hijo que ya llevaba en su seno.

Como otros muchos nombres de Cristo, éste puede considerarse también como un nombre simbólico, pues a nadie se le ocurriría pensar que Cristo es un mero brazo de la Divinidad. Fray Luis, disertando sobre el probable significado de este nombre tan expresivo, dice: "Ser "Brazo" es ser "Fortaleza" de Dios y victoria de sus enemigos."

Sin embargo, existe un evidente peligro de que al término "Brazo de Dios" se le dé un cariz demasiado belicoso,

que no corresponda con la dulzura y humildad de Cristo que descubrimos en las páginas de los Santos Evangelios. Dicho peligro no es una mera suposición, puesto que los judíos tenían no poco empeño en proclamar que el Mesías esperado era el "Brazo de Dios" que "Vence y vencerá a sus enemigos, esto es, los enemigos visibles de los hebreos, y los que los han destruído y puesto en cautividad". El maestro León, tratando sobre este erróneo concepto de un Mesías-guerrero que se iba a manifestar como el "Brazo de Dios", escribe lo siguiente:

"Ceguedad lastimera es creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y banderas, y en el estruendo de los tambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo y en la sangre, y en el asalto y cautiverio de mil inocentes. Y creer que el "Brazo de Dios", extendido y cercado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus Letras, y de quien El tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro, y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, había de meter a cuchillo las gentes y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas."

No; Cristo, el "Brazo de Dios", no tiene nada en común con los grandes genios militares, o los emperadores que edificaron sus reinos sobre sangre y ruinas. Como bien se pregunta el maestro León, "¿tan grande valentía es dar muerte a los mortales, y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea a Dios o conveniente o glorioso hacer para ello "Brazo" tan fuerte que por este hecho le llame su fortaleza?" Los Evangelios concuerdan con los profetas en que las hazañas de este "Brazo de Dios" no son las que halagan el orgullo humano, ni mucho menos las que sacian la sed de venganza, antes al contrario, se conforman al carácter de Aquel que para servir a Dios, escogió más

bien la mansedumbre de un cordero, que la fatua soberbia y crueldad de un guerrero. Así se expresa Fray Luis sobre este punto:

"Manifiestamente se muestra que este "Brazo" y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldado; y que los hechos hazañosos de un Cordero tan humilde y tan manso como es el que en este lugar Isaías pinta, no son hechos de esta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. "*No tendrá*, dice, *cólera para hacer mal ni a una caña quebrada*"; ¡y antójasele al error vano de estos mezquinos que tiene de trastornar el mundo con guerras!"

Pero, vengamos a las proezas de este "Brazo" divino, que ya cantara María, la bienaventurada. Tales proezas muestran una valentía sin igual, aunque para muchos impíos son más bien actos despreciables. La primera de las hazañas cumplidas por Cristo, en su calidad de "Brazo de Dios", aun siendo la obra más portentosa que se ha realizado en este suelo, encierra en sí una paradoja que sólo los ojos de la fe pueden discernir. Nos referimos a la obra de redención que Cristo efectuó en la cruz del Calvario. Disertando sobre este extraordinario acto, Fray Luis escribe lo siguiente:

"¿Fueron, por dicha, grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? ¿Movió guerra al demonio a la descubierta, y en batalla campal y partida le venció y le quitó la presa? Con sólo un hombre venció. ¿Qué digo un hombre? Con sólo permitir que el demonio pusiese a un hombre en la cruz y le diese allí muerte, trajo a felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije, juntas y enteras. Porque verdaderamente fue así, que sólo el morir Cristo en la cruz, adonde subió por su permisión, y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser Persona divina la que murió,

inocente y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima naturaleza..., así que, aquella muerte por todas estas razones y títulos, conforme a todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte a que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios, y satisfizo, cuanto es de su parte, por todo el pecado y puso al hombre, no sólo en libertad del demonio, sino también en la inmortalidad y gloria y posesión de los bienes de Dios."

Si la proeza realizada en la cruz es la suprema hazaña del "Brazo de Dios", no deben olvidarse las singulares victorias espirituales que Cristo logró durante su ministerio público. Rodeado de enemigos, el Divino Maestro no usó de armas carnales, ni quiso emular a falsos doctores cuya sola autoridad era la coacción, sino más bien empleó una sola arma, la de los valientes: la persuasión. El maestro León, tomando como base una profecía mesiánica, hace un parangón entre la forma en que Cristo libra sus luchas espirituales y la belicosa manera que le hubieran querido prestar ciertos extraviados. Así escribe el místico:

"Cristo dice: *"El espíritu del Señor está sobre mí, a dar buena nueva a los mansos me envió."* ¿No véis lo que dice? ¿Qué? *"Buena nueva a los mansos"*, no asalto a los muros. Más: *"A curar los corazones quebrantados"*. ¡Y dice el error que a pasar por los filos de su espada a las gentes! *"A predicar a los cautivos perdón"*. A predicar, que no a guerrear. No a dar rienda a la saña, sino a *"publicar su indulgencia, y predicar el año en que se aplaca el Señor, y el día en que,* como si *se viese vengado,* queda mansa su ira. *"A consolar a los que lloran y a dar fortaleza a los que se lamentan"*... ¿Dónde están ahora los que, engañándose a sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?"

Las hazañas de este "Brazo de Dios" no se limitaron a los pocos años en que vivió entre nosotros. En efecto, lo

singular de la obra de Cristo es que, después de haber consumado nuestra redención eterna, hizo tales proezas por medio de sus discípulos, que éstas han llegado a ser la evidencia más clara de la fortaleza de aquel "Brazo" que actúa desde los cielos. El mejor ejemplo de lo dicho, son las hazañas que lograron realizar un puñado de hombres de humilde condición. Pero, dejemos que el propio Fray Luis, con su riquísima prosa, nos presente las singulares proezas del "Brazo" divino, por medio de sus discípulos:

"Así Cristo, vencido que hubo por Sí y por su persona al espíritu de la maldad, dio a los suyos que moviesen guerra a sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente, y la vencieron más esforzadamente, y quitaron la posesión de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoración y silla. Mas, ¡cuántas proezas comprende en sí esta proeza! Y esta nueva maravilla, ¡cuántas maravillas encierra!... Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condición, simples en las palabras, sin letras, sin amigos y sin valedores; y luego, de la otra parte, pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones —persuasiones de religión— que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes de ellos, y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos..., que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo y todos los hombres y todos los demonios, con todo su saber y poder. Pues una maravilla es, y maravilla que, si no se viera por vista de ojos, jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos".

Con todo lo dicho, lo que maravilla de las proezas cumplidas por el "Brazo de Dios" en los primeros tiempos del cristianismo, estriba más bien en la calidad de las hazañas de los primeros díscipulos. No puede negarse, en efecto, que el precio que los primeros cristianos tuvieron que pa-

gar para lograr victorias convierte aquellas proezas en algo digno del "Brazo de Dios". Fray Luis, disertando sobre estos primeros mártires cristianos, se expresa en los siguientes términos:

"Nunca se juntaron los Apóstoles y los que creyeron a los Apóstoles para acometer, sino para padecer y sufrir; sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían, y muriendo vencían; cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discípulos; y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe".

Para terminar, quisiéramos transcribir unos versos del místico conquense, quien, inspirándose en el Salmo XVIII, dice respecto al "Brazo de Dios":

"Tú mi defensor eres, tú mi nido,
mi torre de homenaje, mi esperanza,
mi caudillo, mi Dios, mi bien cumplido:
Refugio, fuerza, escudo, espada y lanza,
guarida, protector, salud, reposo,
y, en fin, mi suma bienaventuranza.
Invocaré tu brazo victorioso,
celebrando en sonoro y dulce canto
tu bondad y tu nombre glorioso".

IX

REY DE DIOS

"Le dijo entonces Pilatos: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad"

Juan, 18: 37

Pocos nombres hay que con más propiedad puedan aplicarse a Cristo, que el de "Rey de Dios". Este término, en efecto, compendia la majestad del Dios hecho carne y la dignidad de su oficio como hombre. Lo primero que hay que señalar referente a este nombre, es que se lo puso Dios mismo. Es en el Salmo II, donde hallamos el decreto divino que proclama:

"Yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte" (vers. 6).

Cristo no es, pues, un rey como los demás reyes y que puede confundirse con ellos, puesto que Dios le llama *su* rey. Su realeza no tiene comparación, como tampoco la tiene el decreto por el cual ha sido proclamado rey. Fray Luis, a propósito de esta suprema majestad, escribe lo siguiente:

"Dios, en lo que habéis ahora leído, llama a Cristo rey suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios, claramente nos da a entender y nos dice que Cristo no es "Rey" como los demás reyes, sino "Rey" por excelente y no usada manera".

Las excelencias y cualidades que adornan al "Rey de Dios" no son, sin embargo, apreciadas por todos, y no hay pocos que las considerarían como impropias de un soberano. Esto es el resultado de una mentalidad torcida, que ha impulsado a los hombres a invertir los valores morales. Como bien dice el maestro León, "como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres".

Pero, vengamos a las virtudes y cualidades de este "Rey de Dios". Es el propio Cristo quien nos las muestra al decirnos: "*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*" (Mateo, 11 : 29). Un ánimo manso y humilde no parece ciertamente lo más apropiado para un soberano que va a regir muchedumbre de gentes. Sin embargo, es el cimiento más conveniente para un gobierno en el que se conjuguen estrechamente la alteza divina con su infinito poder, y la llaneza de un "Rey" que se hizo hombre para compadecerse mejor de nosotros. Fray Luis, con su poética sensibilidad, comprendió que este armonioso equilibrio debía realizarse en la persona del "Rey de Dios", y quiso ilustrarlo con un delicado ejemplo que transcribimos a continuación:

"Como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se tiempla y reduce a consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas criadas".

Fray Luis supo descubrir otra imagen poética sobre las excelencias de este "Rey de Dios" en uno de los salmos de David. Su profundo conocimiento del hebreo, junto con su facilidad para versificar, le permitieron componer unos versos en los que con un delicado donaire, se ajusta al sagrado canto conservando la divina inspiración del rey-poeta. He aquí algunas estrofas del salmo:

"Un rico y soberano pensamiento
me bulle dentro del pecho:
a Ti, divino Rey, mi entendimiento
dedico, y cuanto he hecho.
A Ti yo lo enderezo, y celebrando
mi lengua tu grandeza,
irá, como escribano, volteando
la pluma con presteza.
Traspasas en beldad a los nacidos;
en gracia estás bañado:
que Dios en Ti, a sus bienes escogidos
eterno asiento ha dado.
Ceñido de verdad y de clemencia
y de bien soberano,
con hechos hazañosos su potencia
dirá tu diestra mano.
Prosigues con amor lo justo y bueno;
lo malo es tu enemigo;
y así te colmó, oh Dios, tu Dios el seno
más que a ningún tu amigo."

(Salmo 45)

Si la mansedumbre y humildad del "Rey de Dios" forman, por así decir, las cualidades básicas de su humana personalidad, se halla en El una abnegación tan extraordinaria que ha tenido la virtud de acercarle íntimamente a

nosotros, mostrándonos que, conforme a las palabras del profeta, El era "*varón de dolores, experimentado en quebranto*". Bien dice el maestro León respecto a esto: ¡"Cuán dulce le fue el padecer! ¡Cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto! ¡Cómo quiso que con su grandeza compitiese en El su humildad y paciencia! Sufrió hambre, padeció frío, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse y anduvo muchos caminos, sólo a fin de hacer bienes de incomparable bien a los hombres..., porque quiso hacer prueba en Sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en Sí para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos".

Lo admirable de este divino "Rey" es que no sólo quiso experimentar nuestros dolores y miserias, para mejor poderse compadecer de nosotros en esta vida, sino que además como ya estaba escrito, "*quiso gustar la muerte por todos*". Es en este particular que el "Rey de Dios", es más excelente que ningún otro rey. El maestro León, tratando de esta cuestión, la describió con tanta delicadeza y profundidad que sus palabras merecen ser transcritas. Así escribió el poeta conquense:

"El cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro "Rey" en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo El solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque, ¿en qué parte de Cristo o en qué sentido suyo no llegó el dolor a lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón, la madre, viva y muerta, presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dio licencia a su sangre, que como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo

abundante y presurosa. Y comenzó a sentir nuestra Vida despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir; los fríos tristísimos de la muerte; y al fin sintió y probó la muerte también."

Intimamente relacionada con la muerte expiatoria que tan divino "Rey" sufrió, hallamos la singular manera en que los humanos podemos llegar a ser súbditos de este reino divino. Porque, aunque a muchos les parezca que su mera condición de hombres les da derecho a considerarse vasallos de Aquel que siendo Dios se hizo hombre para reinar sobre los humanos, lo cierto es que, como bien dice el maestro León, era necesario que "todos sus súbditos fuesen sus deudos, o por mejor decir, que naciesen de El todos, y que fuesen hechura suya y figurados a su semejanza"; o, como más adelante agrega: "Este reino se compone todo de lo que San Pablo llama "nueva criatura", cuando a los de Galacia escribe, diciendo, "*Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión, ni el prepucio, sino la criatura nueva*". Y así todos son hechura y nacimiento del cielo, y hermanos entre sí, e hijos todos de Cristo en la manera ya dicha".

Resta aún tratar sobre la forma cómo este "Rey de Dios" gobierna, ya que es obvio que un soberano de tan excepcionales cualidades, debe emplear una gobernación particular para regir un reino compuesto por tan singulares súbditos. Ciertamente, el gobierno de Cristo es sumamente original y muy propio de un "Rey" tan amante, como el propio Fray Luis lo recuerda, escribiendo: "Así, Cristo *trae para Sí* y gobierna a los suyos, como decía el profeta Jeremías, *con cuerdas de amor*, y no con temblores de espanto, ni con ruido temeroso, como la ley de Moisés". Pero, dejemos que el propio maestro León nos describa más extensamente la singular forma en que Cristo rige su reino:

"Estas son las nuevas leyes de Cristo, y su manera de gobernación particular y nueva. Y no será menester que loe ahora yo lo que ello se loa; ni me será necesario que refiera los bienes y las ventajas grandes de aquesta gobernación, adonde guía el amor y no fuerza el temor; adonde lo que se manda se ama, y lo que se hace se desea hacer; adonde no se obra sino lo que da gusto, ni se gusta sino de lo que es bueno; adonde el querer el bien y el entender son conformes; adonde, para que la voluntad ame lo justo, en cierta manera no tiene necesidad que el entendimiento se lo diga y declare".

Terminaremos señalando una característica esencial del "Rey de Dios" y su reino. Son sempiternos. Así resume Fray Luis esta característica:

"Los otros reyes y reinos, como llenos de faltas, al fin han de perecer, y de hecho perecen; mas éste, como reino que es libre de todo aquello que trae a perdición a los reinos, es eterno y perpetuo".

X

PRINCIPE DE PAZ

"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre.... Príncipe de Paz" Isaías, 9: 6.

En nuestros días, cuando los conflictos abundan, es consolador poder hacer énfasis en una antigua verdad anunciada desde hace siglos por los profetas, la de que Cristo es el "Príncipe de Paz".

Lo que resulta extraño en esta cuestión de la paz, es que, siempre que se trata de este tema, todos sin excepción afirman que buscan y desean la paz. A primera vista, parece, pues, que nos hallamos ante una paradoja difícil de resolver, puesto que, si todos los hombres procuran la paz, ¿de dónde tantas contiendas y guerras? Por otra parte, hemos de reconocer que, en efecto, la tendencia de cada uno de los humanos es hacia la paz, ya que es innegable que ésta es uno de los supremos bienes que todos anhelamos. El maestro León, tratando sobre esta aparente paradoja, escribe lo siguiente:

"Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz; y éste es el blanco adonde enderezan su

intento, y el bien a que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader y recorre los mares, es por tener paz con su codicia que le solicita y guerrea. Y el labrador, en el sudor de su cara y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí cuanto puede al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera, el que sigue el deleite y el que anhela a la honra y el que brama por la venganza, y, finalmente, todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones; porque, o siguen algún bien que les falta, o huyen algún mal que los enoja".

Creemos que lo que dificulta un mejor entendimiento de esta cuestión es, quizá, el no comprender debidamente en qué consiste la paz. En efecto, en la actualidad pueden hallarse diversas acepciones de este término, y no sería extraño que algunas de ellas nos parecieran absurdas o ridículas, pues se habla de paz vigilada, paz armada, paz atómica, paz de los cementerios y otras muchas clases de paz que difícilmente podrían compaginarse entre sí, y las cuales dudamos que tengan el mismo significado.

Si desligándonos de prejuicios ideológicos o políticos tratamos de examinar en qué consiste la paz, daremos razón a una sucinta definición de San Agustín, quien dijo que la paz era "una orden sosegada" o "un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden". Esta "orden sosegada" debe extenderse a tres cosas: lo primero, a Dios; lo segundo, al hombre en sí mismo; y, lo tercero, a los demás hombres con los cuales convivimos. No hay duda que si la paz cubre estas tres esferas, resulta en bendición eterna.

Vengamos, pues, a la primera de estas paces, la cual, como veremos, es el fundamento del "sosegado orden" consigo mismo y con los demás. Para comprender esta paz con Dios, forzado es admitir lo que en las Sagradas Escrituras se declara formalmente: el hombre, a causa de su pecado, vive en continua enemistad con Dios. Así lo afirma el Apóstol San Pablo, cuando escribiendo a los fieles de Colosas, les dice:

"*Vosotros, en otro tiempo, erais extraños y enemigos de corazón, haciendo malas obras*" (Colosenses 1 : 21).

Sin embargo, esta enemistad del hombre con Dios, y la sorda rebeldía que en lo profundo de su ser le hacía estar en perpetua guerra contra el Creador, no impidió que el Padre Celestial decidiera tomar la iniciativa de la reconciliación, enviando a su amado Hijo Jesucristo para que realizase este menester. Así, el mismo Apóstol, después de declarar el triste hecho de nuestra enemistad con Dios, agrega: "*Pero ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne, por su muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de El*" (Colosenses 1 : 21-22). Es interesante leer lo que, con su exquisita prosa, escribe Fray Luis en relación con la hazaña lograda por nuestro "Príncipe de Paz". Así se expresa el poeta:

"El salió a nuestra causa perdida, y tomó sobre Sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su orden, y nos amistó con el cielo, y encarceló a nuestro enemigo el demonio, y nos libertó de la codicia y del miedo, y nos aquietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra; y el gozo y el reposo y el deleite de su divina y riquísima paz El nos le dio; el cual es la fuente y el manantial de donde nace, y su autor único, por donde con justísima razón es llamado su "Príncipe".

No debe olvidarse, sin embargo, que si esta reconciliación divina debe tener eficacia para nosotros, tiene que intervenir de parte nuestra un elemento esencial, sin el cual no hay reconciliación ni paz. San Pablo, al tratar sobre esta delicada y vital cuestión, la resume en una concisa frase, tan repleta de significado, que puede decirse que ella es un compendio del Evangelio. Así escribe el Apóstol de las Gentes: "*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo*" (Rom. 5 : 1).

Como consecuencia de esta paz con Dios, que tiene por fundamento la gracia divina, el hombre tiene libre entrada a la segunda de las paces que ya hemos mencionado anteriormente: la paz consigo mismo. En efecto, la misma gracia que impulsó al "Príncipe de Paz" a reconciliarnos con Dios, es la que obra de forma eficacísima para que la paz divina venga a hacer su morada en el alma humana, con objeto de que ésta viva y se desenvuelva en "sosegado orden". Fray Luis, con una maestría sin igual, describe el proceso que se opera en nuestra alma cuando la gracia del "Príncipe de Paz" entra en este reducto que por tanto tiempo había sido rebelde. Así escribe el maestro León:

"La gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luego su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participación, como de suyo es la de Dios, ley e inclinación y deseo de todo aquello que es justo y que es bueno. Pues hecho esto, luego por orden secreta y maravillosa se comienza a pacificar el reino del alma, y a concertar lo que en ella estaba encontrado, y a ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba; y descúbrese entonces la paz, y muestra la luz de su rostro, y sube y crece, y finalmente queda reina y señora".

Podrá objetarse, como tantas veces lo hace el que no comprende la gracia de Cristo, que esa paz divina, es un mero estado subjetivo del alma que no tiene ningún efecto práctico en la vida cotidiana. Lamentable error. La paz que Cristo nos comunica en su infinita gracia, no es simplemente un sentimiento sin trascendencia, sino más bien un "sosegado orden", o, si se quiere, un "sosiego ordenado" que imprime su ley a lo íntimo y a lo exterior. En efecto, esa paz divina que extiende sus raíces hasta el propio corazón de la gracia de Cristo, no sólo no se altera por las circunstancias exteriores, sino que además, como si se tratase de un misterioso talismán, tiene la virtud de transformarlas, ha-

ciendo que lo enojoso o adverso se convierta en un nuevo motivo de profundo sosiego. El maestro León, tratando de esta virtud, escribe unas frases que merecen ser transcritas. He aquí lo que dice:

"¿Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella al que todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegría lo engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal que o lo próspero o lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrase, como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene a Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio o la envidia arma los corazones ajenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme. En las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro. Y cuando todo a la redonda de él se arruine, él permanece más firme, y, como dijo aquel grande elocuente, luce en las tinieblas, y empelido de su lugar, no se mueve."

No es difícil inferir, que de este sosiego interior que el alma halla, merced a la gracia de Jesucristo, se logra la paz con los demás, que es la tercera paz a la que nos hemos referido más arriba. Santiago, el inspirado escritor, tratando sobre los conflictos entre los hombres, declara que son la consecuencia de la falta de sosiego en el ánimo de los mismos, o en otras palabras, de los malos deseos que alberga el corazón humano. Así está escrito en su epístola universal:

"*¿De dónde entre vosotros tantas guerras y contiendas? ¿No es de los malos deseos que luchan en vuestros miembros?*" (Santiago 4: 1).

Y, ciertamente, no hay camino más llano para lograr esa paz con los demás que el permitir al "Príncipe de Paz" que destruya en nuestro corazón los malos quereres, el encono, y la envidia o los celos y lo llene de su "ordenado sosiego",

de esa divina paz que es enemiga de todo enojo, discordia o rencilla.

Para terminar, no hallamos mejor conclusión que unas palabras de San Pablo, quien resume la obra del "Príncipe de Paz" en estos términos:

"El—Cristo—es nuestra paz, que de ambos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, la enemistad, anulado en su carne la ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en Sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, estableciendo la paz" (Efesios 2: 14-15).

XI

ESPOSO

"Convertíos, hijos rebeldes, dice el Señor, porque yo soy vuestro esposo; y os tomaré uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión."

Jeremías 3: 14.

Después que Cristo quiso ser nuestro Padre, y hacerse nuestro Pastor para conducirnos por el verdadero Camino, que es El mismo, y mostrarnos la Faz de Dios, y, en su calidad de Príncipe de Paz, hacernos participar de las dulzuras de su divino sosiego, parece como si todos estos títulos y oficios, reclamaran otro que, por así decir, los comprendiera todos dándoles, si cabe, un carácter más íntimo. Esa es, sin duda, la razón de que a Cristo se le llame: el "Esposo".

No sólo fueron los profetas de la antigüedad los que cantaron las excelencias de ese divino "Esposo", sino que, además, los Apóstoles y profetas de la era de gracia en que vivimos, dieron también a Cristo este nombre tan expresivo. Pero, lo más significativo es que el mismo Señor Jesucristo habló de sí mismo, como del "Esposo", diciendo:

"¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. Pero vendrán días cuando el es-

poso les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán" (Marcos 2: 19-20).

Si los otros nombres de Cristo hubieran dejado alguna duda en nuestra mente sobre el tierno amor que El siente hacia nosotros y sus deseos de intimidad espiritual, bastaría este nombre de "Esposo" para desvanecer la más leve duda. El maestro León ahondando en el secreto deseo de Cristo que le llevó a hacerse nuestro "Esposo", expresa su pensamiento con estas frases:

"Es muy digna de considerar la maravillosa blandura con que ha tratado Cristo a los hombres que, con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse a nosotros y ayuntarnos a Sí con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con todos, añadió a todos ellos aqueste nudo y aqueste lazo también, y quiso decirse y ser nuestro "Esposo": que para lazo es el más dulce; y para unidad de vida, el de mayor familiaridad; y para conformidad de voluntades, el más uno; y para amor, el más ardiente y el más encendido de todos."

Aunque Cristo es considerado por los Apóstoles—particularmente por el Apóstol San Pablo—como el "Esposo" de la Iglesia, o sea, del conjunto de los fieles que han creído en El y han sido regenerados por la virtud del Espíritu Santo, puede afirmarse que este desposorio general, se convierte en algo muy particular e íntimo cuando el alma se deja arrobar por la dulzura y tierno amor de aquel divino "Esposo" que quiere juntarse eternamente a ella con los más estrechos lazos del espíritu.

Y es que, los santos desposorios del alma con Cristo, el divino "Esposo", no pueden compararse a la unión matrimonial que se efectúa en este suelo. Es cierto, que el Apóstol San Pablo toma esta última unión como ejemplo de lo que ocurre entre Cristo y los suyos, pero, con todo, cuán pálida imagen es de ese verdadero desposorio espiritual en el

que el alma y Cristo quedan entrelazadas, o por mejor decir, fundidas en uno. Fray Luis, que no en balde es reconocido como uno de los místicos castellanos más insignes, nos ofrece unos elevados pensamientos sobre esta unión espiritual. Así escribe el místico conquense:

"Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se anuda Cristo y nuestra alma? Antes pasa adelante; porque, no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, más también, por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu Santo en cada uno de los ánimos justos. Y no solamente se junta con ellos por los buenos efectos de gracia y virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo Espíritu divino suyo está dentro de ellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera."

Todo esto, declarado con tanta galanura por el poeta, no es más que una sencilla glosa de la profunda verdad que el Apóstol San Pablo escribió a los fieles de Galacia, verdad que expresa la misteriosa unión de dos vidas, el inefable desposorio de su alma con Cristo. En efecto, San Pablo resume su íntima experiencia espiritual, diciendo:

"Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2: 20).

Lo anteriormente citado nos conduce a considerar los deleites que goza el que por la fe se une al divino "Esposo". Muchas son las dulzuras que proporciona esta unión, tantas que sería imposible entrar en detalles de los indecibles goces espirituales que el alma siente cuando se enlaza estrechamente con Cristo permitiendo que éste le imparta su celestial bienaventuranza; pero, con el fin de resumir de alguna forma la dulzura de tal unión espiritual, y los santos deleites que el alma goza con su divino "Esposo", hemos escogido unas frases del maestro León, en las cuales el in-

signe poeta expresa algunos aspectos de esta experiencia. Así escribe el místico conquense:

"Vos, por Vos, merecéis todo lo que es el querer y el amor. Y cuanto el que os amare, Señor, estuviere más rico y más abastado de Vos, tanto os amará con más veras. Y así como Vos en Vos no tenéis fin ni medida, así el deleite que nace de Vos en el alma que consigo os abraza dichosa, es deleite que no tiene fin, y que cuanto más crece es más dulce, y deleite en quien el deseo, sin recelo de caer en hartura, puede alargar la rienda cuanto quisiere."

En las Santas Escrituras, especialmente en los libros poéticos, estos santos deleites del alma que por la fe se une eternamente a su divino "Esposo", se expresan en innumerables formas poéticas de singular delicadeza. En particular, en el libro del Cantar de los Cantares, de Salomón, pueden hallarse múltiples figuras con las que se trata de describir lo dulce e íntimo de esos amorosos lazos que unen a la amada con el "Esposo". Es de nuevo Fray Luis, fiel intérprete del Cantar de los Cantares, quien con especial donaire traza algunas de las cualidades de ese santo deleite espiritual, el cual no puede ser superado por ningún otro. Así escribe el maestro León:

"De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino que es un deleite que, por donde quiera que se mire, vence a cualquier otro deleite. Porque ni se mezcla con necesidad, ni se agua con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nace de bienes pequeños ni de abrazos tibios o flojos, ni es deleite tosco o que se siente a la ligera, como es tosco y superficial el sentido; sino divino bien, y gozo íntimo, y deleite abundante, y alegría no contaminada, que baña el alma toda y la embriaga y anega por tal manera que, como ello es, no se puede declarar por ninguna."

Si con su rica prosa, Fray Luis logra presentar los delicados matices de esos deleites espirituales que el alma goza en Cristo, su divino "Esposo", el poeta conquense se aventaja a sí mismo cuando, tomando las alas de la inspiración se eleva hasta los celestes prados, donde el "Esposo" es al propio tiempo "Pastor", un dulce y amoroso Pastor que con el suave sonido de su rabel, y los acentos de su amante voz, atrae hacia sí a su amada. Pero, dejemos que el poeta nos transporte por unos instantes a los deliciosos prados donde sestea el "Esposo", y que, abriendo su corazón, exprese los delicados sentimientos que éste alberga:

"¡Oh, son! ¡Oh, voz! Siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en ti, oh, Amor, la convirtiese!
Conocería donde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
de esta prisión a donde
padece, a tu manada
viviera junta, sin vagar errada."

Terminaremos mencionando las circunstancias de los desposorios, las cuales, como corresponde a tan divino "Esposo" y tan singular esposa, deben ser únicas y desusadas. No nos extenderemos sobre las prendas y regalos que la esposa recibe, ni sobre las fiestas y cantares ordenados para aquel día. Sólo nos limitaremos a citar a David, el rey-poeta, quien en uno de sus salmos, versificados por el maestro León, dice lo siguiente:

"Y la querida Reina está a tu lado,
vestida de oro fino;

pues, oh Tú, ilustre hija, pon cuidado,
atiende de contino;
Atiende y mira y oye lo que digo:
si amas tu grandeza,
olvidarás de hoy más tu pueblo amigo
y tu naturaleza;
Que el Rey por Ti se abrasa, y Tú le adora,
que El sólo es Señor tuyo,
y Tú también por El serás Señora
de todo el gran bien suyo."

XII

HIJO

"Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

Mateo 3: 17.

Nadie puede dudar de que Cristo es llamado con propiedad "Hijo", puesto que en las Santas Escrituras, los profetas le designaron con este nombre empleando cinco palabras hebreas distintas. El maestro León las recuerda, escribiendo: "Como sabéis, Isaías le llama "Yeled"; y David, en el salmo segundo, le llama "Bar"; y en el salmo setenta y uno le llama "Nin"; y de David y de Isaías es llamado "Ben"; y llámale "Sil" Jacob en la bendición de su hijo Judas, en el libro de la Creación de las cosas."

Sí, es evidente que Cristo es llamado "Hijo" con particular propiedad. Y, aunque las declaraciones de los profetas de la antigüedad son un sólido testimonio de esa singular filiación del divino "Hijo", es Dios mismo, el Padre Celestial, quien, de forma inequívoca, certificó que aquel ser que hace unos dos mil años apareció en Palestina, era el "Hijo" por excelencia.

Debemos añadir que a Cristo, este nombre de "Hijo" le viene de nacimiento, o por mejor decir, de origen. En

efecto, Cristo no recibió dicho nombre al nacer de forma sobrenatural, sino que nació con él antes de todos los tiempos. Para una mejor comprensión del nombre de "Hijo", deben escudriñarse las Santas Escrituras, en cuyas páginas, cuando se habla de Cristo como "Hijo", se declara que El lo es, no como otros seres, que por una gracia especial de Dios son así nombrados, sino por un motivo particular y eterno. Un ejemplo de lo que acabamos de decir se halla en la epístola de los Hebreos, en donde está escrito:

"Ultimamente, en estos días, Dios nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien asimismo hizo el universo..., hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelente que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios alguna vez: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?" Y otra vez: Yo seré para El Padre, y El será Hijo para mí" (Hebreos 1: 2-5).

Disertando sobre esta extraordinaria declaración apostólica, Fray Luis expone con amplitud los motivos que nos obligan a considerar a Cristo como el "Hijo" por excelencia, el único que con toda propiedad puede ser llamado "Hijo". Así escribe el maestro León a este respecto:

"Hijo", porque procede, como dicho es, del entendimiento del Padre, y es la misma naturaleza y substancia del Padre, expresada y viva con la misma vida de Dios. "Hijo" *por excelencia*, no solamente porque es el primero y el mejor de los hijos de Dios, sino porque es el que más iguala a su Padre entre todos. "Hijo" *solo*, porque El solo representa enteramente a su Padre; y porque todas las criaturas que hace Dios, cada una por sí, en este "Hijo" las parió, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas; y así, El solo es el parto de Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace nació primero en este su "Hijo"... porque en El nació todo primero, y por eso nace en sí mismo después, porque nació eternamente primero en El."

Pero, antes de seguir adelante con las cualidades y excelencias de este amado "Hijo", debemos considerar primeramente, qué es ser hijo, y cuales son las condiciones que se exigen para que uno pueda llamarse, con propiedad, hijo. No es fácil la tarea, ya que, la degradación moral de los humanos ha desvirtuado el significado de esta palabra, que en el principio tenía un sublime y particular sentido. El maestro León, tratando sobre esta cuestión, la resume de forma magistral en los siguientes términos:

"El hijo es como un retrato vivo del padre, retratado por él en su misma substancia, hecho, en las cosas que son eternas y perpetuas, para fin de que el padre salga afuera en el hijo y aparezca y se comunique. Y así, para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene lo primero, que sea de su misma substancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho así semejante; lo cuarto, que, o sustituya por su padre cuando faltare él, o, si durare siempre, le represente siempre en sí, y le haga manifiesto y le comunique con todos."

Diríase que Fray Luis, al exponer las condiciones esenciales que concurren en un hijo, estuviera pensando en Aquel que es el "Hijo" de Dios por excelencia. En efecto, si el hijo debe ser el vivo retrato de su padre, Cristo tenía plena conciencia de que El lo era de su Padre Celestial, cuando dijo a su Apóstol Felipe: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Juan 14: 9). Si este retrato concierne hasta la propia substancia, también de Cristo está escrito que El es *"la misma imagen de su substancia"*. Respecto a la condición de que el padre aparezca y se comunique por el hijo, Cristo la cumple ampliamente, puesto que El es *"el resplandor de la gloria de su Padre"*. Y, en fin, si el hijo

debe ser igual y semejante en todo a su padre, también en Cristo se halla este requisito, ya que El mismo dijo: *"Yo y el Padre una cosa somos"* (Juan 10: 30).

Estas condiciones que concurren en el "Hijo" por excelencia, nos llevan a tratar de una de las particularidades que implica el significado de este nombre, la cual no se halla en otros nombres de Cristo. Nos referimos especialmente al nombre "Hijo", en su calidad de segunda persona de la Santísima Trinidad.

No es fácil, sin embargo, dilucidar el porqué la persona divina de Cristo sólo ella en la divinidad es "Hijo", y se la llama así en las Santas Escrituras, habiendo en la divinidad otra persona divina, el Espíritu Santo, quien también procede del Padre. Ciertamente, aquí se encierra un misterio y no es extraño que con nuestras mentes finitas no lleguemos a comprenderlo, ya que atañe a la misma esencia de la divinidad. Con todo, el hecho es, que el "Hijo" es así llamado, y la fe nos ayuda a aceptar lo que los oráculos divinos proclaman. El maestro León intenta poner esta verdad al alcance de todos, escribiendo lo siguiente:

"El "Hijo", que es Dios, no podía quedar sino en el seno, y, como si dijésemos, en las entrañas de Dios; porque la divinidad forzosamente es una, y no se aparta ni divide. Y así dice Cristo de Sí que *"El está en su Padre, y su Padre, en El"* (Juan 10: 38). Y San Juan dice del mismo que *está siempre en el seno del Padre* (Juan 1: 18). Por manera que es "Hijo" *engendrado*, y está *en el seno del que lo engendra*. En que, por ser "Hijo" engendrado, se concluye que no es la misma Persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta Persona; y por estar en el seno de El, se demuestra que no tiene diferente naturaleza de El ni distinta. Y así el Padre y el "Hijo" son distintos en Personas para compañía, y uno en esencia de divinidad para descanso y concordia".

Si Cristo fuera solamente "Hijo" en el sentido expuesto anteriormente, el significado de tal nombre quedaría muy por encima de nuestro limitado entendimiento, pero lo extraordinario del nombre de"Hijo", es que al propio tiempo que incluye las excelencias de la segunda persona de la Santísima Trinidad, expresa la maravilla de que el Dios eterno quisiera participar de nuestra humana naturaleza, y así sucediera lo que está escrito:

"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1: 14).

Sin embargo, con esta venida en humildad del eterno "Hijo" de Dios, nos hallamos ante una paradoja que, si para el fiel creyente en Cristo es motivo de alabanza, para el infiel es causa de escándalo. Y convengamos que, si alguien no está asistido por la fe, difícilmente hallaría solución a ese aparente contrasentido que hallamos en la encarnación del divino "Hijo". Fray Luis, exagerando de propósito la paradoja, la expone en estos términos:

"De un golpe y en un instante sólo, salió en el tálamo de la Virgen a la luz de esta vida un Hombre Dios, un niño ancianísimo, una suma santidad en miembros tiernos de infante, un saber perfecto en un cuerpo que aun hablar no sabía; y resultó en un punto, con milagro nunca visto, un niño y gigante; un flaco muy fuerte; un saber, un poder, un valor no vencible, cercado de desnudez y lágrimas".

Pero, Cristo no es sólo el "Hijo" por excelencia, a causa de haber sido eternamente engendrado por el Padre y ser una cosa con El, o por haber nacido de manera diferente para nosotros, en el tiempo, después de haber sido concebido milagrosamente en el seno de una virgen; Cristo es además "Hijo" de una forma muy singular y que sólo El puede serlo, como bien recuerda Fray Luis, escribiendo:

"De los que le aman y cumplen su voluntad, dice Cristo que son *su padre y su madre*" (Mateo 12: 50).

Sí, Jesucristo de una manera misteriosa, pero real, llega a nacer en nuestro corazón, primeramente como un niño, es decir, como algo tierno y delicado, pero que luego va desarrollándose hasta convertirse en la vida de nuestra propia vida, y así hacernos a nosotros mismos, como San Pablo dice a los fieles de Galacia, *"hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús"* (Gálatas 3: 26). Quisiéramos terminar transcribiendo lo que Fray Luis expone sobre este nacimiento de Cristo que se opera en nosotros. Así escribe:

"Cristo *nace* en nosotros cuando quiera que nuestra alma, volviendo los ojos a la consideración de su vida, y viendo las fealdades de sus desconciertos y aborreciéndolos, y considerando el enojo merecido de Dios y doliéndose de él, ansiosa por aplacarle, se convierte con fe, con amor, con dolor, a la misericordia de Dios y al rescate de Cristo. Así que Cristo nace en nosotros entonces. Y dícese que *nace* en nosotros, porque entonces entra en nuestra alma su mismo espíritu, que en entrando, se entraña en ella y produce luego en ella su gracia, que es como un resplandor y como un rayo que resulta de su presencia y que se asienta en el alma y la hace hermosa".

XIII

EL AMADO

"Con la cual —gracia— nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados por las riquezas de su gracia"

Efesios 1: 6-7.

A simple vista parece que este nombre no convenga a Cristo, puesto que han habido y hay muchos hombres que se lo apropian. Sin embargo, quisiéramos aclarar que a Cristo se le llama así, porque en este nombre se encierra algo muy singular. En efecto, cuando decimos "El Amado", no queremos significar que Cristo es amable, y por tanto merecedor del amor, ni tampoco exponer sus excelencias con las cuales puede prendar las almas, queremos simplemente indicar que El, es "El Amado" de todos y en todos los lugares, o por mejor decir, el que antes ha sido y ahora es y será para siempre más amado que todas las cosas y todos los seres. Es solamente comprendiendo este aspecto particular del nombre "El Amado", que podemos darnos cuenta de que no es menos digno de consideración que los demás nombres de Cristo.

Jesucristo es llamado "El Amado" innumerables veces en las Santas Escrituras, especialmente en el libro del Can-

tar de los Cantares, en donde la Esposa —figura de la Iglesia—, le llama con este nombre casi todas las veces. También los profetas de la antigüedad, tales como David, Isaías y otros, hablan de "El Amado", cuyo nombre encontramos más tarde en los Evangelios y en las Epístolas.

Sin embargo, Cristo no es sólo el ser más amado de todas las gentes y en todos los lugares, sino que además y, particularmente, es "El Amado" de su Padre Celestial. En efecto, en dos bellas escenas que se nos relatan en los Evangelios, la del bautismo de Cristo, y la de su transfiguración, Dios, desde los cielos, habla de su eterno Hijo, como "El Amado". El maestro León expone sus bellos pensamientos sobre esta cuestión, escribiendo:

"Muchos merecen ser amados y no lo son, o lo son mucho menos de lo que merecen, mas a Cristo, aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible a los hombres. Y si de ellos levantamos los ojos, y ponemos en el cielo la vista, es amado de Dios cuanto merece, y así es llamado debidamente "El Amado", porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas, y porque El sólo es el que tiene verdaderos amadores de Sí".

El amor con que el Padre ama al "Amado" Hijo suyo, es tan entrañable y profundo, que podemos afirmar que en él se compendian todos los quereres de Dios hacia sus criaturas a las cuales ama por Cristo y en Cristo, de forma que no ama sino a Cristo en los seres o cosas que El ama. Difícil es comprender esta realidad, que atañe a las profundidades de la naturaleza del Dios eterno, pero, algunas declaraciones apostólicas nos permiten vislumbrar las glorias del arcano que se encierra en la amorosa y eterna relación que existe entre el Padre y su "Amado" Hijo. San Pablo, en uno de sus más sublimes pasajes cristológicos, escribe lo siguiente:

"Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visisas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de El y para El. Y El es antes de todas las cosas, y todas las cosas en El subsisten; y El es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, El que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en El habitase toda plenitud" (Colosenses 1: 15-19).

Sí, todo tiene vida y consistencia en "El Amado", y sin El nada existiría ni sería amado, puesto que, desde el principio, todo se ordenó en y para Cristo, y todo se sujetará para su servicio después. Fray Luis, tratando sobre esta profunda y delicada cuestión, se atreve a afirmar que Dios no solamente ama en Cristo la plenitud de todas las cosas, sino que ama a su Hijo, al "Amado", únicamente. Pero, dejemos que el maestro León lo exponga con su incomparable prosa:

"Para ver que se nombra debidamente Cristo "El Amado" basta saber que le ama Dios *únicamente*. Quiero decir que no solamente le ama mucho más que a otra cosa ninguna, sino que a ninguna ama sino por su respecto; o para decirlo como es, porque no ama sino a Cristo en las cosas que ama. Porque su semejanza de Cristo, en la cual, por medio de la gracia, que es imagen de Cristo, se transforma nuestra alma; y el mismo espíritu de Cristo que en ella vive, y así la hace una cosa con Cristo, es lo que satisface a Dios en nosotros. Por donde sólo Cristo es "El Amado", por cuanto todos los amados de Dios son Jesucristo, por la imagen suya que tienen impresa en el alma; y porque Cristo es la hermosura con que Dios hermosea, conforme a su gusto, a todas las cosas, y la salud con que les da vida."

Este amor exclusivo del Padre por el Hijo "Amado", reclama, por supuesto, un amor semejante de sus criaturas

hacia Aquel que es objeto de todas sus complacencias y deseos. En efecto, Jesucristo hace depender el amor de su Padre hacia nosotros, del que nosotros sintamos por El. Así lo expresó, la misma noche en que fue entregado, diciendo a sus discípulos:

"El mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios" (Juan 16: 27).

Lógico es pensar, sin embargo, que ese divino Padre no puede pedir de sus criaturas que amen a su "Amado" Hijo en el grado con que El le ama, pero, sí exige que sea amado en la manera que El mismo lo hace, lo que equivale a decir, que debe ser con un amor del mismo linaje y metal que el suyo. Por otra parte, debe señalarse que otro amor que no sea el amor del mismo cielo, no tiene cabida en estas íntimas relaciones del alma con "El Amado". Se infiere pues, que es Dios mismo, por su Espíritu Santo, quien debe encender ese celestial fuego en nuestro corazón, con el fin de que no falte ni fineza ni quilates a ese amor que "El Amado" merece. Transcribimos a continuación unos certeros pensamientos de Fray Luis a este respecto:

"Si miramos quién los atiza de dentro, y quién los despierta y favorece para que le puedan amar, y quién principalmente cría el amor en sus almas; luego veremos, no solamente que es amor de extraordinario metal, sino también que es incomparablemente ardentísimo. Porque el *Espíritu Santo mismo*, que es de su propiedad *el Amor*, nos enciende de Sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, según lo que dice San Pablo: *"La caridad—el amor—de Dios nos ha sido derramada por los corazones, por el Espíritu Santo que nos han dado"* (Romanos 5: 5). Pues, ¿qué no será, o cuáles quilates le faltarán, o a qué fineza no allegará el amor que Dios en el hombre hace y que enciende con el soplo de su Espíritu propio? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios, y por la misma razón digno de El, y hecho a la manera del cielo, adonde los Serafines se abrasan?"

Este amor derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo, único con el cual podemos amar y complacer al "Amado", tiene unas propiedades tan singulares, que San Pablo tuvo que dedicarles un largo pasaje de una de sus epístolas. En efecto, según el Apóstol de las Gentes, el divino amor que nos es impartido, "todo lo que su querido Señor le manda hace; todo lo que dice lo cree; todo lo que se detuviere lo espera; todo lo que le envía lo lleva con regocijo."

Si por lo que atañe al "Amado", el amor que Dios nos concede tiene las propiedades ya mencionadas, ese mismo amor divino, que mora en nuestro corazón, implica otra particularidad que es altamente beneficiosa para las relaciones con nuestros semejantes. Este amor de tan sublime calidad, no se encierra en sí mismo, sino, al contrario, es como un abundante y generoso manantial que, desbordándose en dulce afecto por "El Amado", ama en El a todos sus semejantes. El maestro León, al tratar sobre esta particular cualidad del amor que los redimidos reciben del cielo, escribe lo siguiente:

"Otra particularidad y grandeza de este amor con que es "Amado" Jesús: que no se encierra en sólo El, sino en El y por El abraza a todos los hombres, y los mete dentro de sus entrañas con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira a sí mismo; tan tierna, que siente sus males más que los propios; tan solícita, que se desvela en su bien; tan firme, que no se mudará de ellos si no se muda de Cristo. Y como sea cosa rarísima que un amigo, según la amistad de la tierra, quiera por su amigo padecer muerte, es tan grande el amor de los buenos con Cristo, que porque así le place a El, padecerán ellos daños y muerte, no sólo por los que conocen, sino por los que nunca vieron, y no sólo por los que los aman, sino también por quien los aborrece y persigue."

Resta señalar lo que, por amor a este "Amado", han hecho los que tienen puestos todos sus deseos y afectos en El. Sería en vano tratar de contar las innumerables proezas y sufrimientos de los que han vivido fieles al Cristo "Amado", pero, para terminar, quisiéramos citar a Fray Luis, quien en breves frases resume las pruebas de tal amor, escribiendo:

"Por amor de este "Amado" y por agradarle, ¿qué prueba no han hecho de sí infinitas personas? Han dejado sus naturales, hanse despojado de sus haciendas, hanse desterrado de todos los hombres, hanse desencarnado de todo lo que se parece y se ve; de sí mismos, de todo su querer y entender hacen cada día renunciación perfectísima... Por El les ha sido la pobreza riqueza, y paraíso el destierro, y los tormentos deleite, y las persecuciones descanso; y para que viva en ellos su amor, escogen el morir ellos a todas las cosas; y llegan a desfigurarse de sí hechos como un sujeto, puro, sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser, el parecer, el obrar, y finalmente, para que no se parezca en ellos más de su "Amado". Que es, sin duda, el que sólo es "Amado" por excelencia entre todo. ¡Oh grandeza de amor!"

XIV

JESUS

"El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús."

Lucas 1: 30-31.

El nombre de "Jesús" es el nombre propio de Cristo en cuanto hombre. No puede haber lugar a duda, puesto que se lo puso Dios mismo por medio del ángel, antes de que Cristo naciese. "Jesús" —en hebreo *Iehosuah*—, significa salvación o salud, lo cual por sí expresa la manera de ser de Cristo, así como toda su obra y oficio. Porque, si bien es cierto que los otros nombres de Cristo son muy expresivos para designar las diversas facetas del carácter y oficio del Hijo de Dios, el nombre de "Jesús" engloba todo lo que significan los otros nombres, dándoles un sentido muy particular y personal.

El que Cristo mismo haya escogido este nombre como nombre propio suyo, muestra una especial benevolencia para con los hombres, que nos hallamos hundidos en indecibles miserias y alcanzados por graves enfermedades. Sí, el querer llamarse nuestro "Jesús", o nuestra "salud", es prueba del infinito amor que le trajo hasta nosotros, y de su plan

de salvación para con toda la humanidad. El maestro León, tratando de las razones que impulsaron a Cristo a escoger el nombre de "Jesús"—salud—, escribe lo siguiente:

"Quiso Cristo que "Jesús" fuese su nombre propio, para declararnos su amor. Porque no escogió para nombrarse ningún otro título suyo de los que no miran a nosotros, teniendo tantas grandezas en Sí cuanto es justo que tenga, en quien, como San Pablo dice, *reside* de asiento y como *corporalmente toda la riqueza divina* (Colosenses 2: 9); sino escogió para su nombre propio lo que dice los bienes que en nosotros hace y la "salud" que nos da, mostrando clarísimamente lo mucho que nos ama y estima, pues de ninguna de sus grandezas se precia ni hace nombre, sino de nuestra "salud"."

El hecho de que Cristo quisiera llamarse nuestra "salud", o salvación, implica necesariamente que nosotros padecemos enfermedad, ya que de otra manera dicho nombre no tendría sentido. Así lo dio a entender Jesucristo, cuando dirigiéndose a los fariseos les dijo:

"*No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento*" (Lucas 5: 31).

Muy arraigada debe estar en nuestra naturaleza la enfermedad que nos aqueja, cuando para sanarnos de ella tuvo que venir hasta nosotros una tan grande y excelente "salud". Así debe ser, si atendemos a lo que el profeta Isaías, ya en la antigüedad, como portavoz de Dios, decía:

"*¿A qué castigaros más, si todavía os habréis de rebelar? Toda la cabeza está enferma; el corazón todo malo. Desde la planta del pie hasta la cabeza, no hay en él nada sano; heridas, hinchazones y llagas podridas; no han sido curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite*" (Isaías 1: 5-6).

Hay que señalar, sin embargo, que esta grave enfermedad que padecemos no ha empezado en nuestros días, ni se

ha limitado a unos pocos hombres y mujeres, como ocurre, generalmente, con otras enfermedades que sufre nuestra humanidad; la enfermedad a la cual nos referimos, es la más antigua y pertinaz que existe, y ante cuyos estragos todos los remedios de la sabiduría humana han resultado estériles. Una sucinta exposición de los funestos efectos de esta grave enfermedad que padecemos, la debemos a Fray Luis, quien con su riquísima prosa, se expresa en estos términos:

"El hombre, de su natural, es movedizo y liviano y sin constancia en su ser; y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma y su cuerpo. Porque en el entendimiento tiene oscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos, en unos engaños y en otros fuego, y en el cuerpo, muerte; y desorden entre todas estas cosas que he dicho... A esta culpa común añade cada uno las suyas; y para ser del todo miserables, como malos enfermos, ayudamos al mal, y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una suma sinnúmero de todo lo que es doloroso y enfermo."

Pero si la enfermedad es grave y antigua, veamos como nuestro "Jesús", o nuestra "salud", remedia la desdichada condición en que vivimos. Porque, de la misma manera que en nosotros todo es enfermedad y muerte, en "Jesús" todo es salud y vida, y no sólo salud y vida para Sí, sino más bien para nosotros, que tan necesitados estamos de auxilio; como bien dice el maestro León:

"Lo que hizo, lo que pensó, lo que padeció, lo que anduvo; vivo, muerto, resucitado, subido y asentado en el cielo, siempre y en todo es "Jesús". Que con la vida nos sana, y con la muerte nos da salud; con sus dolores quita

los nuestros, y como Isaías dice, "*somos hechos sanos con sus cardenales*" (Isaías 53: 5). Sus llagas son medicina del alma."

Sí, en "Jesús", y sólo en El, podemos hallar una completa y eterna "salud". Esta verdad, tan claramente expuesta en las Santas Escrituras, nos lleva a considerar la manera en que "Jesús" llega a ser, efectivamente, el remedio de nuestros males; pues si bien es cierto que existe la enfermedad, y que tenemos la medicina a nuestro alcance, no hay curación posible mientras que no nos apliquemos el remedio, y éste surja sus efectos en nosotros.

No es difícil la manera de sanar de la enfermedad que padecemos, pues Cristo, nuestra "salud", la ha simplificado al extremo, sin embargo, algunos se han empeñado en lograr la curación por caminos tan vanos, que en vez de hallar el alivio y reposo que "Jesús" ofrece a los enfermos, han aumentado sus dolores, abriendo nuevas llagas en su ya maltrecha alma. Fray Luis, disertando sobre los que yerran por este insensato camino, escribe lo siguiente:

"Entienda el que camina a su bien que no ha de parar antes que alcance aquesta santa concordia del alma; porque hasta tenerla no conviene que él se tenga por sano, esto es, por "Jesús". Que no ha de parar, aunque haya aprovechado en el ayuno, y sepa bien guardar el silencio, y nunca falte a los cantos del coro; y aunque ciña el cilicio, y pise sobre el hielo desnudos los pies, y mendigue lo que se come y lo que viste paupérrimo, si entre esto bullen los pasiones en él, si vive el viejo hombre y enciende sus fuegos, si se atufa en el alma la ira, si se hincha la vanagloria, si se ufana el propio contento de sí, si arde la mala codicia; finalmente, si hay respectos de odios, de envidias, de pundonores, de emulación y ambición. Que si esto hay en él, por mucho que le parezca que ha hecho y que ha aprovechado en los ejercicios que referí, téngase por dicho que aún no ha

llegado a la "salud", que es "Jesús". Y sepa y entienda que ninguno, mientras que no sanó de esta "salud", entra en el cielo ni ve la clara vista de Dios."

Aunque a algunos les pueda parecer pueril, debemos decir, que el primer paso a tomar para sanar de nuestra grave enfermedad y hallar la "salud", es el reconocer nuestra dolencia, y entregarnos confiadamente en las manos de nuestro "Jesús", quien al propio tiempo que medicina, es médico para nuestra alma. Sin embargo, este reconocimiento de nuestra infeliz y miserable condición, debe ir acompañado de profundo dolor de corazón, fruto de un sincero arrepentimiento de las culpas que nos han llevado a tan desesperado estado.

En una de las poesías atribuídas a Fray Luis, titulada "Del conocimiento de sí mismo", el insigne poeta conquense traza magistralmente su experiencia de este momento de contrición, que es como el preludio a una completa y perfecta curación. Así escribe el místico:

"¿Qué amor detuvo tu justicia, cuando
mi alma tan ingrata y atrevida
dejando a Ti, del bien eterno fuente,
con ansia tan ardiente,
en aguas detenidas
de cisternas corruptas y podridas,
se echó de pechos ante tu presencia?
¡Oh divina y altísima clemencia!,
¡que no me despeñases al momento
en el lago profundo del tormento!
Sufrióme entonces tu piedad divina,
y sacóme de aquel hediondo cieno,
do sin sentir aun el hedor estaba
con falsa paz el ánima mezquina,
juzgando por tan rico y tan sereno

el miserable estado que gozaba,
que sólo deseaba
perpetuo aquel contento;
pero sopló a deshora un manso viento
del Espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma fue llevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día".

Quisiéramos terminar con una sencilla oración del propio Fray Luis, la cual expresará, sin duda, el sentimiento de nuestro corazón. Dice así:

"¡Oh bienaventurada "salud"! ¡Oh "Jesús" dulce, dignísimo de todo deseo! ¡Si ya me viese yo, Señor, vencido enteramente de Ti! ¡Si ya cundieses, oh "salud", por mi alma y mi cuerpo! ¡Si me apurases ya de mi escoria, de toda aquesta vejez! ¡Si no viviese, ni pareciese, ni luciese en mí, sino Tú!... Yo, Señor, me desecho, me despojo de mí, me huyo y desamo, para que, no habiendo en mí cosa mía, seas Tú solo en mí todas las cosas: mi ser, mi vivir, mi "salud", mi "Jesús".

XV

CORDERO

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"

Juan 1: 29

Es bien evidente que Cristo es llamado con toda propiedad "Cordero", no sólo por haber sido denominado así por los profetas de la antigüedad, sino además por el claro testimonio de los Apóstoles de Jesucristo.

Basta la simple mención de la palabra "Cordero" para que pensemos en alguien cuyo carácter debe ser en extremo manso y humilde, como el propio Cristo dijo de Sí: "*Aprended de mí, que yo soy manso y humilde de corazón*" (Mateo 11: 29).

Siempre que se trata de Cristo como del "Cordero" divino, surge una dificultad al compararlo con otro nombre que en la Santa Escritura se le da, y cuyo significado es totalmente opuesto. Nos referimos al nombre de "León". Un claro ejemplo de lo dicho lo hallamos en la visión apocalíptica de San Juan, donde el Apóstol presencia una singular escena en la que el "Cordero" se transforma en "León". Y, en efecto, aunque parezca una paradoja, Cristo, el "Cordero", en lo que respecta al bien y defensa de sus redimidos, se convierte en un fiero "León".

De dos maneras, al menos, Cristo, el "Cordero", se transforma en "León" por amor a sus redimidos. La primera, para librarnos de los ataques de los enemigos de nuestra alma, contra los cuales lucha hasta lograr la victoria, como bien dice Fray Luis, "a los demonios enemigos nuestros, entonces y ahora y siempre se les muestra fiero y los vence, y les quita de las uñas la presa". La segunda, atañe a la eterna seguridad de los redimidos por el "Cordero", los cuales, amparados por este bravo y fiero "León", pueden estar ciertísimos de que nada ni nadie les podrá arrebatar la salvación que El logró en el Calvario. Fray Luis, tratando sobre este aspecto de la obra del "León-Cordero", escribe lo siguiente:

"Así como nadie se atreve a sacar de las uñas del león lo que prende, así no es poderoso ninguno a quitarle a Cristo de su mano los suyos: tanta es la fuerza de su firme querer. "*Mis ovejas,* dice El, *ninguno me las sacará de las manos*" (Juan 10: 28). Y Esaías, en el mismo propósito: "*Porque dice el Señor: Así como cuando brama el león y el cachorro del león sobre su presa, no teme para dejarla, si le sobreviene multitud de pastores, a sus voces no teme ni a su muchedumbre se espanta; así el Señor descenderá y peleará sobre el monte de Sión, sobre el collado suyo*" (Isaías 31: 4). Así que ser Cristo "León" le viene de ser para nosotros amoroso y manso "Cordero"; y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que nos dañan, y los desama y maltrata".

Pero, vengamos a lo que implica el nombre de "Cordero". Además de significar que Cristo fue manso en extremo, nos revela que esta mansedumbre es la consecuencia de su inconmensurable amor por todos los hombres. El maestro León, tratando sobre esta verdad, halla firmes fundamentos para ella en las Santas Escrituras, exponiéndolos en estos términos:

"Porque es excesivo el amor, por eso es la mansedumbre en exceso. De manera que, cuando no hubiera otro camino, por éste sólo del amor entendiéramos la grandeza de la mansedumbre de Cristo; porque cuanto nos quiere bien, tanto se ha con nosotros mansa y sufridamente; y quiérenos, cuanto ve que su Padre nos quiere; el cual nos ama por tan rara y maravillosa manera, que dio por nuestra salud la vida de su unigénito Hijo. Que como El mismo dice: "*Así amó al mundo Dios, que dio su Hijo unigénito, para que no perezca quien creyere en El*" (Juan 3: 16). Porque dar, aquí, es entregar a la muerte. Y el Apóstol: "*Quien no perdonó a su Hijo propio, antes le entregó por nosotros, ¿qué cosa, de cuantas hay, dejó de darnos con El?*" (Romanos 8: 32). Así que es sin medida el amor que Cristo nos tiene, y por el mismo caso la mansedumbre es sin medida, porque corren a las parejas lo amoroso y lo manso".

Sí, amor y mansedumbre permitieron que Cristo, el "Cordero", tomara el lugar de aquella víctima expiatoria, que desde tiempos inmemoriales sacrificaban los sacerdotes judíos, según la Ley de Moisés, para alcanzar el perdón de los pecados del pueblo. Pero, así como en la antigüedad se exigía que aquella víctima propiciatoria fuese inocente y sin mácula, también el "Cordero" divino debía llenar estos requisitos, para que su sacrificio expiatorio tuviera eterno e infinito valor. Y así ocurrió, según lo que San Pedro escribe en una de sus epístolas, diciendo:

"*Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir según la tradición de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni defecto, ya destinado desde antes de la creación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*" (1 Pedro 1: 18-20).

Aunque Cristo, el "Cordero", no tuvo mancha ni defecto, o, como mejor dice San Pedro, *"no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca"* (1 Pedro 2: 22), con el fin de llegar a ser el *"Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"*, como anunció Juan el Bautista, era necesario que hiciese suyos nuestros muchos pecados, para luego poder expiarlos en la cruz del Calvario como algo que le fuera propio, abriéndonos así de par en par las puertas de la salvación a los que estábamos condenados sin remedio. Pero, dejemos que el maestro León exponga esta sublime verdad:

"Cuando San Juan de este "Cordero" dice que *"quita los pecados del mundo"*, no solamente dice que los *quita*, sino que, según la fuerza de la propia palabra, así los quita de nosotros, que *los carga sobre Sí mismo* y los hace *como suyos* para ser El castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera que cuanto al *cómo fue sacrificio*, decimos que lo fue, no solamente padeciendo por nuestros pecados, sino *tomando* primero *a nosotros y a nuestros pecados en Sí*, y juntándolos consigo y cargándose de ellos, para que, padeciendo El, padeciesen los que con El estaban juntos, y fuesen allí castigados."

Pero, es sólo considerando lo que representó para un "Cordero" tan santo, el hundirse en tal abismo de vileza y dolor, que comprendemos como únicamente el infinito amor de Cristo era capaz de juntar los extremos de justicia y de culpa en su santa persona. Cómo, en efecto, llegar a ahondar en los sentimientos de aquel divino "Cordero", cuando, en virtud de su obediencia, fue conducido al punto en que dos abismos enteramente opuestos iban a chocar en lo más profundo de su alma; el uno de bondad, santidad y justicia, el otro de maldad e impiedad. Así expone Fray Luis, con su rica prosa, la agonía que en aquel conflicto sufrió el divino "Cordero":

"¿Qué sentimiento sería —¡qué digo, sentimiento!—, qué congoja, qué ansia, qué basca, cuando el que es en Sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado cuanto conocida ser puede, y el que la aborrece y desama cuanto ama su justicia, cuanto a Dios mismo, a quien ama con amor infinito, vio que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta el fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa y se le avecinaban al alma, y la cercaban y rodeaban y cargaban sobre ella, y verdaderamente se le apegaban y hacían como suyas, sin serlo ni haberlo podido ser? ¿Qué agonía y qué tormento tan grande, quien aborreció tanto este mal, y quien veía a los ojos cuánto de Dios aborrecido era y huído, verse de él tan cargado, y verse leproso el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra, y como vestido de injusticia y maldad el que en ese mismo tiempo es justicia, y herido y azotado y como desechado de Dios el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras y era el descanso del Padre?"

Debemos señalar, sin embargo, que este divino "Cordero" que tantas pruebas de amor y mansedumbre ha dado a los hombres, aparecerá un día para cumplir una misión enteramente distinta a la que hemos estado considerando. En efecto, el propio Cristo, que tantas angustias y dolores padeció como "Cordero", vendrá de nuevo a nuestro suelo para implantar su reino de justicia, y juzgar a los impíos que le rechazaron como víctima propiciatoria, y no aceptaron su sacrificio expiatorio consumado en el Calvario.

Para los que creen imposible que un manso "Cordero" pueda convertirse en un severo Juez, bueno será recordarles que Cristo, en los días de su carne, nunca encubrió el pecado, alzándose contra todo lo torcido o injusto, y aun,

como bien dice Fray Luis, "castigó a algunas personas con palabras, como a San Pedro una vez" (Marcos 8: 33), y muchas a los fariseos; y con las manos también, como cuando hirió con el azote a los que hacían mercado en su templo".

Pero donde hallamos como una anticipación de aquel justo juicio que ejercerá el "Cordero", transformado en Juez, es en un pasaje de los Evangelios, donde Cristo, hablando de su venida en gloria, pronuncia una sentencia tan severa, que sólo el oírla hace estremecer el corazón del que teme a Dios. En efecto, Cristo dice:

"*Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*" (Mateo 25: 41).

Esta transformación del Hijo de Dios, que de manso "Cordero" se convierte en severo Juez, no es debida, ciertamente, a la falta de amor de Aquel que tantas pruebas de afecto nos ha dado, sino más bien a la terquedad del hombre que ha confundido la mansedumbre y condescendencia de Cristo, con una mera flaqueza humana. Terminaremos, citando unos pensamientos de Fray Luis a este respecto:

"Lo que más declara el infinito mal de la obstinación del pecador es ver que trae a la mansedumbre y al amor y a la dulzura de Cristo a términos de decir tal sentencia; y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor; y que quien se hizo hombre por los hombres, y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que *su deleite es su trato,* y el que vivo o muerto, mortal o glorioso, ni piensa ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es, ordena a su bien, los pueda apartar de Sí con voz tan horrible; y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al "Cordero".

XVI

VERBO

> "*Y tenía un nombre escrito que ninguno entendía sino El mismo, y estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: el Verbo de Dios.*"
>
> Apocalipsis 19: 12-13.

Si Jesús es el nombre propio de Cristo en cuanto hombre, "Verbo" o "Palabra" es el que le corresponde según la naturaleza divina, tal como se declara en diversos lugares de las Santas Escrituras.

No será fácil penetrar en el sentido del nombre "Verbo", puesto que en la visión de San Juan, que cierra la revelación divina, se dice textualmente que, "*ninguno lo entendía sino El mismo.*"

Sin embargo, aunque no pretendemos entender perfectamente lo que, por el momento, sólo en parte puede ser comprendido, quisiéramos tratar de inquirir sobre el significado de este divino nombre de "Verbo", el cual, como veremos más adelante, está íntimamente relacionado con otros nombres que se le dan a Cristo en las Santas Escrituras.

El propio nombre de "Verbo" o "Palabra" sugiere, ya de por sí, una muchedumbre de cosas, puesto que, la divina

"Palabra" es la perfecta revelación por la cual el Dios eterno se dio a conocer a los hombres. Fray Luis, tratando sobre la relación que existe entre este particular nombre de Cristo y las otras dos personas de la Santa Trinidad, escribe lo siguiente:

"Digo que "Verbo" es el propio nombre de Cristo según la naturaleza divina, no solamente porque es así de Cristo, que no conviene ni al Padre ni al Espíritu Santo, sino también porque todo lo que por otros nombres se dice de El, lo significa solo éste. Porque "Verbo" —en hebreo "Dabar"— no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas; dícelas como quiera y por doquiera que le miremos; o junto a *todo él*, o a sus partes cada una por sí, a *sus sílabas* y a *sus letras*".

En efecto, para los hebraístas, el término hebreo "Dabar", que es traducido en castellano por "Verbo" o "Palabra", encierra un significado tan profundo, que algunos eruditos creen hallar en él un dato que confirma la inspiración verbal de las Santas Escrituras. A este respecto, debemos señalar que no se trata de ciertas conjeturas sobre el valor numérico de las letras hebreas de que se compone dicho nombre, sino más bien de las sílabas o letras consonantes del mismo.

Para una mejor comprensión del significado del nombre "Dabar", hay que tener en cuenta que en el antiguo idioma hebreo sólo se escribían las consonantes, de manera que, en el vocablo que nos ocupa, hallamos solamente tres consonantes, las cuales tienen en sí mismas una significación muy singular, que se relaciona con las excelencias de la persona de Cristo. Pero, dejemos que el maestro León, insigne hebraísta, nos diga algo sobre el significado de la primera letra. Así escribe Fray Luis:

"La primera letra, que es D, tiene fuerza de artículo, como EL en nuestro español; y el oficio del artículo es reducir a ser lo común, y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guía del nombre, y darle su cualidad y su linaje, y levantarle de quilates, y añadirle excelencia: que todas ellas son obras de Cristo, según que es la "Palabra" de Dios. Porque El puso ser a las cosas todas, y nos las sacó a la luz y a los ojos, y les dio su razón y su linaje; porque El en Sí es la razón y la proporción y la compostura y la consonancia de todas; y las guía El mismo, y las repara si se empeoran, y las levanta y las sube siempre y por sus pasos a grandísimos bienes."

Respecto a la significación de la segunda letra, que es la B, es San Jerónimo, el docto Padre de la Iglesia, quien nos la ofrece en su "Hebraici Alphabeti interpretatio". En efecto, San Jerónimo, que vivió más de treinta años de su vida en Palestina, dedicó la mayor parte de su tiempo a estudios sobre las Santas Escrituras en la lengua original en que éstas fueron escritas. Una de sus obras de más renombre es la interpretación del alfabeto hebreo, la cual Fray Luis cita, diciendo:

"San Jerónimo enseña que la segunda letra que es B, tiene significado de *edificio*, que es también propiedad de Cristo, así por ser el edificio original y como la traza de todas las cosas, las que Dios tiene edificadas y las que puede edificar, que son infinitas, como porque fue el obrero de ellas. Por donde también es llamado *tabernáculo* en la Sagrada Escritura."

El significado de la tercera consonante del nombre "Dabar", que es la R, también lo hallamos en los escritos de San Jerónimo. Este erudito hebraísta, descubre en dicha letra un sentido que conviene perfectamente a Cristo. Pero, dejemos que Fray Luis nos resuma lo que el Doctor latino dice a este respecto:

"La tercera letra de "Dabar" es la R, que, conforme al mismo doctor San Jerónimo, tiene significación de *cabeza*

o *principio*, y Cristo es *principio* por propiedad; y El mismo se llama *principio* en el Evangelio; porque en El se dio principio a todas las cosas."

Lo realmente singular en esta palabra hebrea, que traducimos en castellano por "Verbo" o "Palabra", es que está compuesta por dos sílabas, DA y BAR, las cuales tomadas por separado significan "El Hijo", es decir, otro de los nombres que conviene a Cristo en su calidad de segunda persona de la Santa Trinidad, y al cual ya nos hemos referido anteriormente.

Pero, vengamos al sentido que encierra el nombre "Palabra" o "Verbo" para salir al paso de algunas doctrinas filosóficas que han querido equiparar el "Dabar" o "Logos" de las Santas Escrituras, con el "Logos" del pensador alejandrino Filón.

Podemos afirmar que el divino nombre con el que en los oráculos divinos es llamado Cristo, no tiene nada en común con las especulaciones filosóficas, más o menos abstractas que expusieron algunos pensadores griegos que buscaban la verdad por sus propios medios, sin atenerse a la inspirada revelación divina que ya en sus días existía.

En efecto, sería un error confundir una mera teoría humana, con la sublime verdad que se nos revela en las Santas Escrituras. Porque, es evidente que el nombre de "Dabar" o "Logos" expresa, con más propiedad que ningún otro vocablo, la realidad y excelencias de un ser que es la revelación perfecta del Dios eterno. El maestro León resume con tanto acierto la significación de este nombre, que sus palabras merecen ser transcritas:

"Y "Dabar" significa también la *palabra* que se forma en la boca, que es imagen de lo que el ánimo esconde. Y Cristo también es "Dabar" así, porque no solamente es imagen del Padre escondida en el Padre y para solos sus ojos, sino es imagen suya para todos, e imagen que nos le representa a nosotros, e imagen que le saca a la luz y que le imprime en todas las cosas que cría. Por donde San Pablo convenientemente le llama *sello del Padre* (Hebreos 1: 3), así porque el Padre se sella en El y se dibuja del todo, como porque imprime El como sello, en todo lo que cría y repara, la imagen de El que en Sí tiene."

Cierto es, que este "Verbo" o "Palabra", por su propia naturaleza, no es fácilmente comprensible por nuestras mentes finitas; su persona, en efecto, está siempre rodeada como por un halo misterioso, más allá del cual no podemos penetrar. Sin embargo, se puede llegar a conocer mejor esta divina persona, cuando se la busca no en los espacios infinitos, o en el dominio de lo eterno, sino más bien en lo íntimo y profundo de nuestra alma.

Sí, el conocimiento del "Verbo" divino, más que una cuestión especulativa, es algo que concierne a la vida y a los afectos. La "Palabra" se convierte así en algo operante, cuya realidad y eficacia resultan innegables por los efectos que produce. Una confirmación de esta verdad la hallamos en las palabras que Cristo pronunció durante su ministerio terrenal, diciendo:

"*Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*" (Juan 6: 63).

Mucho se ha escrito sobre la manera de obrar de este "Verbo" de Dios, y algunos la han comparado con aquella enigmática declaración de los Santos Evangelios que dice, "*que es como el viento, que oyes su sonido, mas no sabes de dónde viene, ni a dónde va*" (Juan 3: 8). A este respecto, existen unos comentarios de San Bernardo, sobre el Cantar de los Cantares, en los que el autor, después de disertar sobre la misteriosa manera en la que el "Verbo" se revela al alma humana, relata su propia experiencia, escribiendo:

"Mas preguntará alguno: "Si es tan imposible alcanzarle y entenderle sus pasos, ¿de dónde sé yo que estuvo

presente en mi alma?" Porque es eficaz y vivo este "Verbo", y así luego que entró, despertó mi alma que se adormía. Movió y ablandó y llagó mi corazón , que estaba duro como una piedra y malsano... de lo que el corazón me bullía entendí su presencia; de que huían los vicios, y los afectos carnales se detenían, conocí la fuerza de su poder; de que traía a la luz mis secretos y los discutía y redargüía, me admiré de la alteza de su sabiduría; de la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella sea, experimenté la bondad de su mansedumbre; de la renovación y reformación del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, percibí como pude la hermosura de su belleza. Y de la vista de todo esto juntamente, quedé asombrado de la muchedumbre de sus grandezas sin cuento."

Para terminar, no hallamos mejor conclusión que las inspiradas palabras de San Juan, quien prendado por la persona del "Verbo" divino, nos legó, en virtud del Espíritu Santo, los más sublimes pensamientos sobre el Hijo de Dios, escribiendo:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por El fueron hechas, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres... Y aquel Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1: 1-14).

DEL MISMO AUTOR

SANCHO PANZA Y EL ALMA ESPAÑOLA
— Charlas radiofónicas sobre la filosofía cervantina a la luz de las Santas Escrituras.

CONVERSIONES
— La conversión de singulares personajes bíblicos.

PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA
— Las conversiones de algunos Padres de la Iglesia relatadas por ellos mismos.

SAN AGUSTÍN
— Biografía del insigne Padre de la Iglesia.

FRAY LUIS DE LEÓN
— Biografía del intérprete del Cantar de los Cantares.

EL INFIERNO DANTESCO
— Charlas radiofónicas sobre "La Divina Comedia".

LA IGLESIA CATÓLICA
— Un estudio de los fundamentos católicos a la luz de la Biblia y la Historia.

TITA MARÍA Y SUS SOBRINITOS
— Una serie de historias bíblicas escritas para niños.

¡VACACIONES!
— Nueva serie de historias bíblicas escritas para niños.

TWR